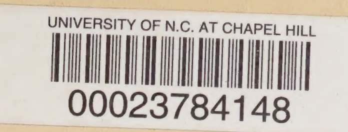
JOSE E. MACHADO

SIETE ESTUDIOS DE ARISTIDES ROJAS

Al señor
Mario Alberti
su atto. s. s.
José E. Machado

CARACAS
LITOGRAFIA DEL COMERCIO
1924


UNIVERSITAT · CAROL · SEPTENT · SIGILLUM
LVX
LIBERTAS



JOSE E. MACHADO

SIETE ESTUDIOS DE ARISTIDES ROJAS

CARACAS
LITOGRAFIA DEL COMERCIO
1924



ARISTIDES ROJAS

DEL CUADRO DE A. HERRERA-TORO

ARISTIDES ROJAS

La munificencia del señor doctor Rafael R. Revenga, devoto admirador de nuestras glorias nacionales, hace posible la edición de este folleto, donde hemos recopilado algunos de los siempre interesantes y menos conocidos trabajos de uno de los venezolanos que más y mejor han escrito sobre asuntos históricos y bibliográficos.

Aristides Rojas, hijo de don José María de Rojas y de doña Dolores Espaillat, nació en Caracas el 3 de noviembre de 1826; adquirió la primera enseñanza en el célebre Colegio de la Independencia, que dirigía don Feliciano Montenegro y Colón; estudió medicina en nuestra Universidad Central, donde obtuvo el grado de doctor el 31 de octubre de 1852. Durante tres años ejerció su profesión en el interior de la República, y sobre todo en los Andes; en 1855 viajó por Europa; y, durante algún tiempo, residió en Puerto Rico, de donde regresó a la patria hacia 1864. En 1873 se unió en matrimonio con la señorita Emilia Ugarte, fallecida un año después. Desde entonces—dice Bolet Peraza—Aristides prometió, como otro Duque de Gandía, no querer nunca más a quien pudiera morir, y amó sólo sus libros ¡los amigos inmortales!

Fué en *El Liberal*, periódico que veía la luz en Caracas, donde, hacia 1844, publicó Rojas sus primeros ensayos, y usó a veces el seudónimo de *Bibliophilus*. Luégo, con la colaboración de Abigaíl Lozano y de José Antonio Maitín, dió a luz

El Lenguaje de las Flores y un almanaque poético intitulado: *Flores de Pascua.* Después escribió artículos de costumbres y redactó varios textos de enseñanza. De allí en lo adelante su labor se intensifica. La prensa nacional y la extranjera acogen con aplauso los trabajos: *El Rayo azul en la naturaleza y en la historia, La Gota de agua, El Velo de gasa, Las Arpas eolias, El Esquife de perlas, El Grano de arena, La Fragua de Vulcano, El Alerta de los atalayas, Los Pórticos del nuevo mundo,* y otros muchos con que quiso, a la manera de Fontvielle, de Michelet, de Parville y de Flammarion, popularizar entre nosotros las ciencias físicas y naturales, en monografías de fácil lectura por lo ameno del tema y la bella forma literaria.

También atrajeron su atención la numismática y la lingüística americanas, sobre las cuales dejó obras apreciables, que todavía se leen con placer y provecho, apesar del grado de progreso que han alcanzado estas ramas de los conocimientos humanos; pero, a nuestro entender, donde mejor se destaca su personalidad literaria es en los brillantes cuadros que trazó acerca de hombres y acaecimientos de nuestra vida nacional. Bajo su pluma fácil y sabia, aunque rebelde en ocasiones a la disciplina gramatical, no solo aparecen llenos de animación y vida los héroes de la Conquista y de la Independencia, Guaicaipuro y Paramaconi, Juan Martínez de Ampíes y Lope de Aguirre, Bolívar y Miranda, Bóves y Páez, Rondón y Aramendi, sino cobran aspectos de realidad el mito y la leyenda, la tradición y la fábula. Formidable es a tal respecto su labor, pues, además de los folletos y volúmenes que forman su bibliografía, entre los cuales están: *Un libro en prosa; Los hombres de la Revolución (1819-1826); Orígenes de la diplomacia venezolana; El elemento vasco en la historia de Venezuela; Objetos históricos que posee Caracas; Recuerdos de Humboldt; El Constituyente de Venezuela y el cuadro de Martín Tovar y Tovar; Miranda en la Revolución Francesa; Leyendas Históricas (2 volúmenes); Orígenes venezolanos;* y del libro: *Obras escogidas,* grueso volumen de 787 páginas, que en 1907 editó, en la casa de Garnier Hermanos, de París, don José María de Rojas, aún es grande el número de artículos esparcidos en revistas y periódicos que vieron la luz en Caracas, desde

El Liberal, ya citado, hasta *La Opinión Nacional, El Siglo, La América Ilustrada y Pintoresca, El Cojo Ilustrado,* etc., etc., que guardan en sus páginas gran parte de la copiosa producción literaria de aquel inteligente y laborioso compatriota. Esa obra representa medio siglo de constante y desinteresada labor. El obrero insigne que la realizó bien pudo decir sin vanidad ni jactancia, en la introducción que, en 1890, puso a la segunda serie de las Leyendas Históricas: "Después de haber dado a conocer en la prensa venezolana, durante veinte y cinco años, muchas de nuestras lucubraciones en folletos, revistas, diarios, libros, etc., de haber visto reproducidas y con elogios muchas de aquellas por la prensa de ambos mundos, y recibido honores y distinciones de los cuales no se hace gala a nuestra edad, juzgamos que había llegado el momento de ofrendar nuestras labores a la patria que nos vió nacer, objetivo brillante de nuestras más nobles aspiraciones".

"Al descender la pendiente de la vida, con el corazón en paz y el espíritu libre, nos enaltece el pensamiento de ofrecer al Gobierno de Venezuela representado por ciudadanos tan conspicuos, y como ofrenda que hacemos a la patria venezolana, todos los trabajos históricos inéditos y publicados de nuestra laboriosa vida durante los últimos veinte y cinco años, y cuanto más elaboremos antes de bajar a la tumba. Estudios históricos, orígenes históricos, leyendas, crónicas, biografías, noticias críticas, literatura de nuestra historia, rectificaciones, cuanto pueda redundar en gloria del patrio suelo lo ponemos a disposición del Gobierno. Después de haber tratado con una gran parte de los principales próceres de nuestra independencia, estudiado con constancia digna de elogio los archivos públicos y privados, adquirido cuanto constituye el tesoro inagotable de la literatura y de la historia de Venezuela desde los cronistas hasta las publicaciones del momento, en español y varios idiomas, era natural que antes de ofrendar a la patria diéramos muestras de tantos trabajos durante el período indicado".

Suponía don Aristides que, de acuerdo con el contrato que había celebrado con el Ministro de Fomento, podía dar a la estampa las siguientes obras:

Orígenes venezolanos, 2 volúmenes; Estudios Indígenas, 2 volúmenes; Humboldtianas, 1 volumen; Leyendas Históricas, 5 ó 6 volúmenes; Siluetas de la Guerra a Muerte, 1 volumen; Literatura de la Historia de Venezuela, 1 volumen; Revolución de 1810, 1 volumen; Correspondencia inédita de Bolívar, 1 volumen; Caracas, 1 volumen; (Esta obra debía comprender la historia de la capital, de sus transformaciones, desarrollo, costumbres, etc., etc.); Folk-Lore venezolano, 1 volumen. De esta valiosa colección sólo una pequeña parte se halla reunida en folletos y libros: el resto se encuentra disperso en papeles que no conocen sino las personas versadas en asuntos bibliográficos. Ahí esperan esas páginas la mano inteligente y poderosa que al salvarlas de la destrucción vincule también a su nombre la gloria de Mecenas.

*
* *

El 4 de marzo de 1894 pagó Aristides Rojas a la tierra el ineludible tributo. La sociedad lamentó aquella muerte; el Gobierno la consideró motivo de duelo para la República, y así lo expresó en el Decreto dictado por el General M. Guzmán Alvarez, Encargado del Poder Ejecutivo.

También el General Joaquín Crespo, entonces el factor más importante de la política venezolana, dijo en telegrama dirigido desde Maracay a ese alto funcionario: "Hemos perdido un sabio y la patria debe depositar sobre su tumba, como tributo de cariño a su memoria, las coronas que entreteje para los ciudadanos esclarecidos la gratitud nacional. Pérdidas como la que deploramos son muy difíciles de reponer, porque son pocos los hombres que como el doctor Rojas han cifrado todo su empeño en enaltecer el nombre de la patria".

Sobre las condiciones personales de Aristides Rojas escribió uno de sus amigos: "En toda su fisonomía está impreso el sello de la investigación: la nariz es aguda, la boca pronunciada y abultada por espeso bigote, los ojos salientes, y los surcos del entrecejo marcados y permanentes. Todo en aquella cara revela el afán incesante de indagar que aguijonea el espíritu", y otro de sus íntimos: "Rojas es de carácter jovial y ameno: bajo la gravedad de su porte alto y desembarazado, bajo los quevedos que denuncian su miopía,

descubre el trato su natural juguetón, alegre y expansivo, con sus ribetes de donoso y picaresco. Cuando departe entre amigos su conversación va salpimentada de interjecciones rotundas y desgranados apóstrofes: se le enciende el semblante, le rutilan detrás del cristal las pupilas, se pasea de un lado a otro como impaciente y azogado, y de súbito prorrumpe en arrogante perorata con voz altisonante y resueltos ademanes". Nosotros agregamos que su modestia corrió parejas con sus merecimientos. No era de los que afectaban ignorar el propio valer, aunque sí de los que hacían suya la perífrasis de José Zorrilla al precepto evangélico: —No te humilles para que te ensalzen, porque tu humildad será hipocresía; pero dí de ti mismo la verdad como la sientas, aunque no te la crean como la digas: los que no te crean probarán que están desprovistos de tu modestia y que son incapaces de tu probidad.

Aristides Rojas vivió consagrado a sus libros y a sus cacharros, como él llamaba la valiosa colección de objetos históricos y artísticos que logró reunir en su gabinete de estudio, sobre cuya puerta hizo grabar las palabras de Keats: *A thing of beauty is a joy for ever.* Allí lo posó Arturo Michelena para fijarlo en admirable pintura, donde aparece el sabio entre cuadros, tapices, platos, fuentes, monedas y medallas, la lupa en la mano, en actitud de examinar detenidamente una pieza con que, sin duda, acababa de enriquecer su valioso museo. Nunca lo vimos en ese su *Sancta Santorum;* pero sí conservamos en la memoria su efigie: el sombrero hacia atrás, los anteojos calados, y, bajo el brazo izquierdo el habitual paraguas, tal como lo dibujó a la pluma J. M. Herrera Irigoyen, y aparece en el grabado que exorna la primera página de este folleto, el cual reproduce un retrato al óleo, hecho con filial cariño por su ahijado Antonio Herrera Toro.

Persona de fuste que leía con atención *El Día Histórico,* que durante algún tiempo publicamos a diario en *El Universal,* nos advirtió en cierta fecha que no habíamos consagrado ninguna nota a don Aristides Rojas. No lo hicimos entonces porque era, y es nuestro propósito, escribir un trabajo más extenso sobre aquel venezolano benemérito, cuyas

obras contribuyeron a hacernos conocer y amar la historia, de la cual dijo Cervantes, valiéndose de un pensamiento de Cicerón, que es madre de la verdad, émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente y advertencia de lo porvenir.

José E. Machado.

Abril, 7 de 1924.

Las notas señaladas con asteriscos son del compilador y las indicadas con números corresponden al autor.

CRONICAS DE LO PASADO

LA CASA DE HUMBOLDT EN CARACAS (*)

¡HUMBOLDT, y siempre Humboldt!...... He aquí el tema espontáneo, fecundo, inagotable que inspira nuestra pluma por una vez más. ¿Qué tiene este nombre siempre propicio, siempre elocuente en toda ocasión en que la memoria lo evoca para dedicarle algunas líneas? Para nosotros, venezolanos, Humboldt, es, no sólo la gran figura científica del siglo XIX, sino también, el amigo, el maestro, el pintor de nuestra naturaleza, el corazón generoso que supo compadecerse de nuestras desgracias, compartir nuestras glorias y elogiar nuestros triunfos. Hay algo más todavía que nos hace fraternal su memoria; es la historia de la familia, porque cuando ésta ha vivido aislada, sin contacto con el mundo social, con el arte, con la ciencia; cuando ella no ha tenido por compañeros sino su cielo, sus montañas y sus ríos, su naturaleza virgen, ansiosa de encontrar el hombre que descifrara sus grandes enigmas o del artista que interpretara sus variados panoramas, entonces es cuando la visita del primer

(*) Corresponde este trabajo a la serie de interesantes cuadros que bajo el nombre de Humboldtianas publicó don Aristides Rojas en homenaje de admiración y de agradecimiento hacia el ilustre autor de Cosmos, no sólo por ser este una de las más grandes figuras científicas del siglo XIX sino por el amor con que estudió el suelo de la América, y la cariñosa simpatía con que recordó siempre a Venezuela y a sus hijos. Las Humboldtianas se iniciaron con los Recuerdos de Humboldt, escritos en 1874 y siguieron con una serie de artículos que en su mayor parte aparecieron en las columnas de "La Opinión Nacional", de 1879 a 1880. Entendemos que el señor Eduardo Röhl tiene el propósito de reunirlas en un volumen.

huésped ilustre deja en la atmósfera del hogar un recuerdo inefable que se trasmite de padres a hijos.

Un día, en aquellos en que el comercio del mundo estaba cerrado a nuestras costas, en que la presencia del hombre europeo era un acontecimiento para nuestros pueblos, en aquellos en que vivíamos sin prensa, sin comunicaciones que nos enseñaran el progreso del mundo, aislados, silenciosos, viviendo como la caravana del desierto sin más testigos que la naturaleza, pisó Humboldt nuestras playas. Llegaba vestido de pasaportes reales y armado, no con la espada del mandarín, espíritu pasivo, en cuya conciencia obraban, en aquella época, más las órdenes escritas que las necesidades de los pueblos; sino con los instrumentos de la ciencia, de la benevolencia del sabio, de la justicia del espíritu cultivado, del amor a la humanidad. Llegaba como el legítimo intérprete de una naturaleza fecunda que hasta entonces ningún viajero había explorado.

A su encuentro le salió el rústico labriego y presentole bajo la techumbre de sus cocales de Oriente, leche de sus rebaños, que el viajero bebió en jícaras indianas; y el misionero, patriarca de las selvas, le ofreció, en seguida, bajo las verdes enramadas del monasterio, la fruta sabrosa de la fértil zona; en tanto que el viejo hidalgo, con la caballerosidad de sus progenitores, espontánea, franca, dadivosa, sin desmentir la nobleza de su raza, descubierta la cabeza, tendióle mano amiga y le introdujo en el salón de la familia venezolana, en la cual, la gracia sobrepuja la cultura del espíritu, e impera el corazón sobre la inteligencia. Humboldt quedó, desde entonces, instalado. Todo le pertenecía; el cariño de la familia, la admiración de los pueblos, el agasajo de las autoridades españolas: le pertenecían también la naturaleza, cielo y tierra que le habían aguardado durante siglos. Desde entonces data la veneración que se conserva como un talismán en la historia de nuestro hogar. Fué su voz, voz de aliento; en sus obras nos dejó enseñanza provechosa; con su amistad honra; gratitud en sus recuerdos, siempre rejuvenecidos, aun en sus días de ocaso. Ni la infidelidad, ni la inconstancia, ni el olvido— en toda ocasión en que se ocupó de Venezuela, porque al estampar en sus inmortales cuadros el nombre de ésta, fué siem-

pre para honrarla, pagando así tributo de justicia y de admiración al primer pueblo que visitó y cuya imagen fué inseparable de su memoria. He aquí porque le amamos.

Hace ya setenta y siete años que Humboldt visitó a Caracas. Esta ciudad era la segunda del continente que conocía, pues antes había estado en la de Cumaná. En otro escrito *(Recuerdos de Humboldt)* hemos dicho que el corazón del joven explorador se llenó de sombría tristeza al atravesar las calles silenciosas de la Caracas de 1800; pero que aquella impresión se desvaneció cuando dejando la casa del Conde de Tovar, donde estuvo por algunos instantes, se instaló en la que le había conseguido el capitán general Vasconcelos, en la plaza de la Trinidad.

En el ángulo donde la calle oeste 9 corta la avenida Norte, frente al Panteón Nacional, hay unos escombros que sirven de azotea a la vecina casa número 91 de la avenida Norte. La antigua puerta, que es hoy el número 1 de la calle Oeste 9, está tapiada hasta la mitad, pero se conserva el friso de vetusta arquitectura. Las ventanas han desaparecido en ambos lados de las ruinas, y solo muros de piedras, ennegrecidos por el tiempo y cubiertos de paja, indican las antiguas paredes de un edificio. Las salas están al aire libre, y en el suelo de ellas se levantan bosquecillos llenos de arbustos conocidos que se han desarrollado al acaso, o sembrados quizá por mano amiga. Algodoneros cubiertos de rosas de oro, granados con flores de color de escarlata, papayos y cañas de bello porte levantan sus copas y se mezclan con otros arbustos, mientras que en la parte terrosa de los muros, gramíneas y *tillandsias* crecen entre las grietas abiertas por la acción del tiempo. Todo ese conjunto forma un gracioso paisaje cuyos únicos habitantes son, el pájaro viajero, que todas las mañanas, desciende de la vecina montaña, el insecto nómade que liba la miel de las flores, el lagarto que fabrica su cueva al pié de los muros. ¡Sabia naturaleza! se desarrolla, se espontánea, sobre las ruinas de las ciudades, sobre los despojos humanos, sin cuidarse de la historia, que es la obra de un día; pero que le deja osarios, abono preparado por el arte para nutrición de los nuevos seres que aquella tiene en ciernes. Lo que ella necesita es un terrón de tierra donde depositar el germen fructífero, una

rama donde pueda el ave fabricar su nido, una grieta segura donde el ofidiano guarde sus huevos, una hoja donde pueda la crisálida aguardar la hora de la emancipación.

Para el viandante que pasa todos los días por estos escombros ellos no tienen significación alguna: son una de tantas casas en ruinas, recuerdos de la catástrofe de 1812. Pero para el hombre que conoce los pormenores de la estadía de Humboldt en Caracas, aquellos representan una época, un nombre preclaro, porque hace setenta y siete años que en esta casa hubo una constante recepción, porque en ella moró durante dos meses, el hombre más extraordinario del siglo, Alejandro de Humboldt. (*)

¡Cuántos sucesos verificados en Caracas, después que la visitó Humboldt en 1800! A los seis años bajó al sepulcro Vasconcelos, el amigo oficial del sabio, el cual honró a España honrando al recomendado por el monarca castellano. Dos años más tarde, comienza a prender la chispa revolucionaria que produjo el incendio de 1810. En 1812 viene al suelo la ciudad de Losada, y un montón de ruinas la convierte en osario. Cayeron los principales templos, entre estos, el que estaba frente a la casa de Humboldt, no quedando sino las paredes, la columna que sostenía las armas de España y también la horca que estaba en la plaza. Todo fué desolación en torno a la casa del sabio: sepultadas quedaron las tropas en el cuartel de San Carlos, en la calle Oeste 9, y las que estaban al Sur de la misma casa en el parque de artillería. La ciudad de 1800 había desaparecido casi en su totalidad.

Sesenta y cinco años han corrido, y ya Caracas está otra vez en pie; pero la casa de Humboldt permanece aun en ruinas. Estas recuerdan no sólo días de llanto y de tribulación, sino también la historia de nuestras guerras, la acción del tiempo sobre la naturaleza, el cambio de nuestra civilización, el renacimiento de la antigua ciudad, la mano benefactora del

---

(*) Cuando, en 1877, publicó don Aristides Rojas este trabajo aún se encontraba en ruinas la casa que habitó Humboldt, y que fué posteriormente reedificada. El 14 de setiembre de 1921 el Excelentísimo señor doctor Paul S. Horts Falcke, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Alemania, hizo colocar en dicha finca una lápida conmemorativa con la siguiente inscripción:

Alejandro Von Humboldt vivió durante su estada en Caracas (Noviembre de 1799 a febrero de 1800) en la mansión que se levantaba en este sitio.

hombre. No es la Caracas de 1877 la Caracas de 1800. Todo ha cambiado. El Avila ha visto desaparecer sus bosques y agotar sus aguas. Talado fué el bosquecillo que a espaldas de la casa de Humboldt, sirvió a este en sus horas de meditación, y de los viejos árboles del Catuche solo se conserva el *Samán del Buen Pastor.* La famosa calle de cinco leguas que, desde la casa de Humboldt, unía a Caracas con el mar, según el parte del Gobernador Osorio al monarca de España en 1595, está destruida, conservando aun sus desagües y algunos pedazos. Obra admirable fué esta calle sólidamente empedrada, que conducida al través de una cordillera, ha resistido a la acción del tiempo. El castillejo de la Cruz, al comenzar la subida a La Guaira, está en ruinas y en ruinas las fortalezas del camino que dejaron pasar, en su retirada, a los filibusteros de Preston en 1595. La antigua torre de 1800, fué rebajada en 1812. El convento de San Francisco, donde reposan los restos de Vasconcelos fué convertido en Universidad y Museo, y en Mercado público, el de San Jacinto. Desaparecieron los antiguos monasterios de monjas y fueron substituidos por edificios modernos, ornato de la ciudad. El templo de la Trinidad se ha transformado en Panteón Nacional, y al osario de 1812, descubierto durante muchos años, sucedió el osario histórico-oculto bajo el pavimento.

Allá al Noreste están las ruinas de San Lázaro, donde Humboldt fué obsequiado en repetidas ocasiones. Con el pretexto de fundar un lazareto, levantaron los españoles un palacio, que a veces fué lugar de orgías; pero el tiempo que es el reparador de todas las faltas, ha dejado en escombros el Lazareto del deleite, mientras Guzmán Blanco ha levantado al pie de las ennegrecidas ruinas el Lazareto de los desamparados. La escabrosa colina del Calvario, lugar histórico donde defendieron con heroico valor su nacionalidad, Terepaima, Caricuao, Conocoima y demás tenientes de Guaicaipuro, contra el invasor castellano, se ha convertido en jardines, con juegos de agua surtidos por el río Macarao, nombre de aquel Cacique que en este mismo lugar detuvo las huestes de Losada; y sobre la roca solitaria donde Paramaconi desafió al Jefe de sus contrarios a un combate personal, se levanta hoy la estatua de Guzmán Blanco. Ya todos los templos derribados por el

terremoto de 1812 están reconstruídos, salvadas las antiguas zanjas de la ciudad por nuevos puentes, reedificadas las casas, abiertos los caminos. Talado fué el cedro de Fajardo, a orillas del Guaire, visitado por Humboldt; pero aun existen los cipreses seculares de la vecina basílica de Santa Teresa. Refieren que cuando Humboldt salía de Caracas, le preguntaron sus amigos, cuando regresaría; y que el gran sabio contestó, con calma: —"Cuando esté concluído el templo de San Felipe". Hace pocos meses que fué concluída esta obra y ya Humboldt tiene diez y siete años en el sepulcro. Así pasa el tiempo—que resuelve todos los enigmas. Al pié del Avila yacen los huesos de dos generaciones, y donde sucumbieron los patriotas al hacha sanguinaria en las noches pavorosas de 1814 a 1817, se levantan cruces y obeliscos circundados de árboles. De los amigos de Humboldt, todos desaparecieron; unos en los campos de batalla, otros en el ostracismo, otros en la miseria y solo uno se ha conservado en la historia: Bolívar que está de pié en el Panteón, y a caballo en la plaza donde fué levantada sobre una picota la ensangrentada cabeza del vencedor de Niquitao.

Como hemos dicho, desde la plaza del Panteón hasta La Guaira construyeron los castellanos en 1595 una calle de cinco leguas. Esta entrada a la ciudad fué la única que quedó después del terremoto de 1812, por hallarse toda la parte alta de la población reducida a escombros hacinados. Las ruinas de la casa de Humboldt fueron por lo tanto testigos de cuanto por ella pasó y ha pasado durante setenta y cinco años. Por esos escombros pasó Bolívar después de su derrota en 1812; y por ellos pasaron también Miranda y Bolívar, cuando en la misma época salieron fugitivos. Por esos escombros pasó Morillo en 1815 y pasaron Morales, Moxó, Cagigal. Por esas ruinas pasó Bolívar en 1821, cuando llevaba en mientes la libertad del continente, y por esas ruinas salía en 1827, después de haber realizado su obra inmortal. Le aguardaban los sucesos de 1828 y 1829 y el ostracismo de 1830. Pero le estaba reservado que por las mismas ruinas pasarían sus restos doce años más tarde, conducidos en hombros de sus compañeros y viejos veteranos de quince años de infortunio y de gloria.

Fué una tarde, 16 de diciembre de 1842. Los últimos rayos del sol en Occidente se reflejaban sobre la Silla del Avila cuando el tañido de todas las campanas anunció a la ciudad que los restos del Grande Hombre entraban al suelo natal. Miles de almas llenaban las avenidas Sur y Norte, la plaza del Panteón y la prolongada calle que se extiende hasta el templo de la Pastora. Banderas, oriflamas, pendones enlutados, trofeos de guerra, pebeteros, se levantaban en toda la carrera por donde debía pasar el fúnebre cortejo. Aquella población flotante iba y venía como dominada por un sentimiento extraño: pero cuando el cañón anunció a la población que los despojos del Libertador habían pasado la antigua puerta de la ciudad, lágrimas silenciosas brotaron de todos los ojos, y en actitud imponente todas las cabezas se inclinaron a proporción que pasaban los restos mortales del mártir de Santa Marta.

Un arco colosal, frente a las ruinas de Humboldt, teniendo los nombres de cien batallas y de los compañeros de Bolívar, dominaba la carrera de la procesión que iba a efectuarse en el siguiente día. Más atrás del arco se destacaban las ruinas del templo de la Trinidad, que para aquel entonces estaban pobladas de arbustos y de huesos, restos de las víctimas de 1812. Bolívar debía en esta noche reposar en frente de la casa de Humboldt, en la modesta ermita que servía de templo hacía algunos años. Cuando desapareció el sol ya el Libertador estaba en su capilla ardiente, acompañado de sus veteranos. ¿Quién podrá describir las impresiones de aquella noche transitoria, precursora de un gran día, y ese estado del alma, en que el sueño huye, porque el corazón presiente?. . . . . Al amanecer del 17, los primeros rayos del sol fueron saludados por el toque de los clarines, por la música marcial, y la población en las calles, en las ventanas, en los escombros, en las azoteas, vió desfilar y acompañó a Bolívar muerto. . . . .
. . . .

Treinta y cuatro años han pasado, y Bolívar, después de haber permanecido durante este lapso de tiempo en la tumba de sus antepasados, ha vuelto de nuevo, 28 de octubre de 1876, al sitio donde reposó en la noche del 16 de diciembre de 1842. Ha vuelto, no a la capilla mortuoria que ha desaparecido, sino al Panteón Nacional que ha substituido al antiguo templo de

la Trinidad. En este recinto todos los muertos están ocultos, sólo Bolívar está visible presidiendo este osario histórico donde reposan sus compañeros de gloria.

En tanto la casa de Humboldt permanece en escombros, y las especies vegetales y animales se suceden, cambiándose el paisaje.

Esas ruinas ¿qué aguardan?..... ¿Quién abrirá esa puerta por donde entró Alejandro de Humboldt? ¿Quién renovará la tierra de esas paredes, tostadas por el tiempo? ¿Quién techará esas salas donde estuvo la generación de 1800? ¿Cuántos sucesos importantes se sucederán antes que ellas vuelvan a lo que fueron? Aguardemos; entre tanto el pájaro viajero continúa sus visitas matutinas buscando los granados floridos, el lagarto está en sus grietas calentando sus huevecillos y la crisálida, en su hoja, aguardando la hora de la emancipación.

Aristides Rojas.

(Del "Almanaque para todos de Rojas Hermanos", año octavo, 1878).

LOS PLATOS DE PARAGUACHI (*)

a don José M. Garbán Pérez.

No hay sitio, lugarejo, pueblecito que no tenga algo de que envanecerse, por lo menos, de un fruto, de un animal, de alguna roca de construcción, o finalmente, de sabrosa agua y templado clima. Santa Ana, en los Andes de Trujillo, por paupérrimo que aparezca a las miradas del viandante, hablará siempre de la célebre entrevista de Bolívar y Morillo en 1819. Ocumare de la Costa nos recordará las dos expediciones desgraciadas; la de Miranda en 1806, la de Bolívar en 1816. El Rincón de los Toros nos relata la sorpresa nocturna, de la cual se salvó Bolívar en 1818. En el caballo del vencedor muerto, se salva Bolívar, derrotado. Capadare es nombrado por su tabaco, Chichiriviche por sus ostiales, Mamo por sus aguacates, y si se quiere una cita más, recordamos a San Joaquín, que debe su fama a sus bizcochos.

Al Este de la isla de Margarita, la Nueva Esparta de los días de la Independencia, existe un puertecito de pescadores, y más adentro, el pueblecito fundado por los conquistadores, por los años de 1530 a 1540, con el nombre de San José de Paraguachí. Paraguachi es nombre indígena que, en lengua cumanagota, equivale a *golfo de la langosta.* Con una población que oscila entre 500 y 600 habitantes, ahí está, con su costa cercana, orgulloso con su pobreza y conforme con su suerte. Re-

---

(*) Si la memoria no nos es infiel este trabajo forma parte de la Historia de una colección de Cacharros, que leímos cuando niños y que no hemos vuelto a encontrar, aunque nos parece que fué publicado en "El Siglo" o en "La Opinión Nacional". Si algún día damos con ellos los reproduciremos en folleto.

fiere la historia antigua de Venezuela que, cuando el famoso tirano Lope de Aguirre, se presentó de improviso en 1560, en las costas margariteñas, una tempestad separó las embarcaciones de la pequeña flota, arrojando a las costas de Paraguachí, la vela en que venía Aguirre. Aquí comienza, en territorio de Venezuela, la historia singular de aquel hombre leyendario. A poco después de la muerte de Aguirre, llámase a Paraguachí puerto del traidor, puerto del tirano. Quizá y sin quizá, este último nombre es el único que lleva un puerto del continente de Colón, de uno a otro polo. Y por de contado que, al decirse puerto del tirano, nadie tendrá que buscar o estudiar los ideales monstruosos de la tiranía, pues en Venezuela, al decirse El Tirano, todo el mundo se trasporta a los días de 1560 para contemplar el famoso Lope, que corona con la muerte de su hija, una vida de crímenes; y deja su alma en pena, vagando en copos de luz hidrofosfórica que agita el viento durante la noche, y es todavía el espanto de los campesinos, como nos asegura la tradición.

Hé aquí el primer mérito de la historia del pueblecito y costa de Paraguachí, fundado durante los primeros treinta años del siglo XVI, en la costa oriental de Margarita. El segundo se le acerca por el timbre de los personajes que saquearon el pueblo, un siglo más tarde, por los años de 1662 a 1680, cuando filibusteros holandeses primero, y franceses después, se propusieron acabar con los puertos de Venezuela. Si Aguirre apenas asustó a los pobladores de la comarca, porque quiso seguir en su carrera de aventurero, el marqués de Maintenon, filibustero de la cuadrilla de Gramont, debía arrasar las costas de Margarita en 1678. El francés se hizo de dinero, de prendas y de efectos; pero dejó incrustados en la torre del templo dos platos de Rouen, como recuerdo de su visita *pacífica* a las costas de Trinidad y de Margarita.

Hace poco que los moradores de Paraguachí quisieron reconstruir su primer templo y levantar nueva torre, que vetusta y en ruina estaba la que dejaron los conquistadores. Al caer ésta, aparecieron en la mampostería del campanario dos platos azules que, con trabajo, fueron desprendidos de la amalgama que los sostenía. Y como hace muchos años que, cuanto aparece conexionado con la historia de la Isla, tiene que venir a

nuestro estudio, porque así lo ha ordenado nuestro viejo amigo, colega, maestro y favorecedor, Eduardo Ortega, amante como el primero de las glorias de Nueva Esparta, los dos platos, sin dilación, llegaron a nuestro desván.

Sucios, rotos, averiados, así los recibimos, después de haber permanecido durante doscientos quince años en una torre castellana. Por supuesto que los recibimos como se recibe a seres curiosos, cuya nacionalidad, edad y condiciones de familia deseábamos conocer. Al instante comenzó el estudio de estos prisioneros que cambiaban de cárcel, sin poder tornar a su patria; y con lente en mano, hubimos de examinarlos detenidamente.

Serán estos platos de Delft, lo serán de Rouen? Cuando se tropieza con una marca nueva, no conocida de los ceramistas maestros, dudas y dudas nacen y mueren, sin que se pueda fallar. Aunque en los platos sobresalen caracteres de la célebre fábrica holandesa, de Delft, los hay igualmente que pertenecen a la no menos célebre de Rouen, centro artístico de la cerámica francesa. En la necesidad de optar, nos decidimos por la fábrica de Rouen, con cierta reserva. Es un plato de 22 centímetros de diámetro, de mayórica del Siglo XVII, camafeo azul con dibujos llamados de baldoquines, que pertenecieron a la época de Luis XIV. La edad de estas piezas las fijamos de 1660 a 1678. Bien puede creerse que el plato sea de Delft, y en este caso reputarse como bella imitación de la de Rouen, pues la fábrica Delft imitó los más bellos productos cerámicos de otros países.

Resuelta la primera parte del estudio, continuemos con la segunda. En que época fueron colocados estos platos en la torre de Paraguachí? Que nos refiere la historia? Era de costumbre, entre los misioneros castellanos, exornar con platos las fachadas de los templos que construían. Todavía el pueblecillo de Sanare, en las cercanías de Tocuyo, conserva muchos de los platos de su fachada. Tal adorno resiste los embates del tiempo y cautiva la curiosidad de los campesinos. Ya en otro estudio hemos hablado de los platos de Valencia, que los oficiales de Colón arrojaban a las bellas guaiqueríes de Cubagua, en cambio de los collares de perlas que éstas tenían en el cuello. También los filibusteros de los siglos XVI y XVII,

sobre todo, los franceses, dejaban en las torres y castillos españoles que no destruían, platos de cada época, como triste recuerdo de la devastación que hacían por todas partes.

Es un hecho que en 1662 los filibusteros holandeses destruyeron la capital de Margarita y el fuerte que ésta tenía para su defensa; pero ignoramos si los arrasadores dejaron algún plato. Es necesario seguir más adelante para tropezar con el filibustero francés Gramont, quien, después de saquear a Maracaibo, a Gibraltrar, y a Trujillo en 1678, dividió su flota para continuar la devastación en las costas venezolanas. Entre los oficiales de Gramont, figuraba el Marqués de Maitenon, a quien Luis XIV le había dado la fragata llamada La Sorciere, para que viniera al Nuevo Mundo en solicitud de pillaje, de asesinato y devastación. El Marqüés destruyó primero la isla de Trinidad y después la de Margarita, en 1678. Más tarde, Gramont atacó los Caracas y costas de La Guaira. Los platos pertenecieron muy probablemente al valeroso Marqués, a quien se le antojó incrustarlos en la torre de Paraguachí.

Tal es la historia de los pobres prisioneros de Paraguachí, y aunque hoy están tratados con consideración y con cariño, no podrán jamás recuperar el movimiento que tenían, cuando figuraban a bordo de La Sorcière. Triste celebridad la de haber yacido en la torre del puerto del Tirano, y de haber sido sepultados por una de esas grandezas del robo, del asesinato y de la destrucción.

¡Platos ruaneses! nos contentamos con uno de vosotros; siga el otro a manos del joven amante del arte, en todas sus manifestaciones, a quién hemos dedicado estas líneas.

Aristides Rojas.

N. de la R.—El precedente artículo fue escrito el año de 1886. Don Eduardo Ortega, ilustre personalidad margariteña, el maestro, a quien se refiere don Aristides, está próximo a entrar en la edad nonagenaria y, todavía dueño de sus facultades, vive actualmente en Caracas, rodeado de altas consideraciones. Cuanto a los platos de la Torre de Paraguachí, pertenecen actualmente a los señores John Boulton y Leopoldo García Quintero. (De "El Universal" número 5.040, correspondiente al 31 de mayo de 1923).

HERALDICA Y NUMISMATICA GENERAL

I

El Escudo de Armas de la antigua Caracas

En la procesión cívica que tuvo efecto en la mañana del 24 de julio de 1883, día del centésimo aniversario del natalicio de Bolívar, a la cabeza del gremio de sastres de la ciudad figuraba un guión de seda blanca con borlas de oro, que condujo el señor Pablo Velázquez. En este guión está, bellamente pintado al óleo, el antiguo sello o Escudo de Armas de Caracas; y el gremio de sastres, al ofrendar a Bolívar con tal obra, quizo sin duda, recordar con esto que aquel escudo había sido concedido por el monarca castellano Felipe II a Simón de Bolívar, el fundador en Venezuela de esta ilustre familia.

Ninguna ofrenda más meritoria, desde el punto de vista histórico, que aquella que recuerda al primer Bolívar que tanto contribuyó con sus talentos al desarrollo material y moral de la sociedad venezolana. Sábese que Bolívar, después de acompañar al gobernador Osorio en 1587, a la fundación del actual puerto de La Guaira, fue enviado por la colonia venezolana con el carácter de Procurador cerca del monarca español, pudiendo recabar de éste varias reales cédulas que fueron de mucho provecho al comercio y engrandecimiento de Caracas.

Entre los grandes beneficios conseguidos por Bolívar, uno de los principales fué el que a La Guaira llegaran de España dos navíos anuales de menor porte, con flota o sin ella, para aprovechamiento de los vecinos; y además, un navío de registro anual, por cuenta particular de los habitantes de la capital.

Así, la costa de Caracas, al crear su puerto, comenzaba directamente su comercio con los de la madre patria, prescindía del de Borburata.

Muchas fueron las reales cédulas traídas a Caracas por el Procurador Bolívar, figurando como principales, además de las mencionadas, las siguientes: por la de 4 de setiembre de 1591, Felipe II concede a Caracas un sello de armas; por la de 22 de junio de 1592, la creación de un Seminario, y por la de 14 de setiembre del mismo año, un preceptorado de gramática castellana. Estas primeras concesiones del Monarca de España, en pro de Caracas, pueblo pobre y reducido que apenas contaba veinte años de haber sido fundado, y sobre todo, las que se conexionaban con el adelanto intelectual de los pobladores, como la creación de un Seminario y en defecto de este, un preceptorado de gramática castellana, están de acuerdo con las concesiones que, desde un principio, hiciera la corte de España a las diversas capitales de América.

Dignos son de recordarse los sellos de armas concedidos por los monarcas de España a las principales ciudades fundadas por los conquistadores castellanos, antes de surgir Caracas.

La Española tuvo desde 1507 un escudo de color encarnado atravesado por una banda blanca, dos cabezas de dragones de oro en campo rojo, como lo tenía en su guión real, y por orla castillos y leones.

La ciudad de Santo Domingo tuvo por armas un escudo partido horizontalmente: en la parte superior una llave y en la inferior la Cruz de Santo Domingo. El escudo está sostenido por dos leones rampantes y arriba brilla una corona imperial.

Casi todas las ciudades de La Española tuvieron sellos de armas.

Santa María del Darién, esta primera ciudad del continente en 1509, de tan corta duración, tuvo por sello de armas un castillo de oro en campo rojo, y encima un sol del mismo metal. A los lados figuraban un león rampante y un cocodrilo. Por divisa se leía: Nuestra Señora de la Antigua.

El de Panamá, en 1521, consiste en un escudo partido en pal y en campo de oro: en la mitad de la derecha figuran un yugo y un manojo de flechas pardillo con los casquillos azules

y las plumas plateadas, que era la divisa de los Reyes Católicos; y en la otra mitad de la izquierda dos carabelas, una encima de otra, como señal de que por allí se había de hacer el descubrimiento de la especería, y encima de ellas una estrella que denotaba el polo ártico, y en la orla del escudo castillos y leones.

En el de México, concedido en 1523, figura un castillo de tres torres, y sobre un nopal hermosa águila que lleva una culebra en el pico. Al pie de aquél corren las aguas, y a los lados, fuera del escudo, dos leones, y una corona imperial por remate. Este sello simboliza la antigua ciudad de las aguas, fundada en el sitio donde apareció sobre un nopal un águila de piedra, de que habla la tradición azteca.

El Ayuntamiento de México tuvo por sello de armas desde 1523, un escudo azul de color de agua, en señal de la laguna, un castillo dorado en medio y tres puentes de piedra que se dirigen a éste. Los de los lados sin llegar, y en cada uno un león con los pies en el puente y las garras en el castillo. Dentro de la isla se ven diez pencas verdes de nopal, y por remate del todo una corona.

En 1533 fué concedido a Cartagena el escudo que tiene: una cruz verde en campo de oro y a los lados, dos leones rampantes.

En el de Lima concedido en 1537 figuran tres coronas de oro en campo azul y encima una estrella con orla del mismo metal, acompañada de este lema: *Hoc signum vere regum est*, y por tenantes dos águilas coronadas, que tienen sobre las cabezas una J y una K, iniciales de Juana y Carlos. Llamóse a Lima ciudad de los reyes por el día en que fue fundada, y de aquí las coronas de oro.

El sello de armas de Quito, concedido en 1541, consiste en un castillo sobre dos montes, una cruz encima y dos águilas que extienden sobre ésta dos de sus garras.

El sello de armas concedido por Felipe II a la ciudad de Caracas consiste en un león pardo rampante, en campo de plata, que tiene entre sus brazos una venera de oro con la cruz de Santiago, y por timbre una corona con cinco puntas de oro:

todo exornado con trofeos de guerra. [1] Desde esta época Caracas llamóse *muy noble y muy leal ciudad,* y tuvo el tratamiento de *Señoría,* y goce de los privilegios y preeminencias de *grande,* como cabeza y metrópoli de la Provincia de Venezuela, según lo confirman todas las ordenanzas municipales de la época colonial. [2] El origen de la venera en el escudo de armas de los pueblos que llevaron el nombre de Santiago, no es sino un recuerdo de la batalla de Clavijo en 808, donde por primera vez, según la tradición, se presentó *el apóstol* a los españoles, en medio de la batalla. Al visitar el campo después de la victoria, vióse que por todas partes estaba lleno de veneras fósiles: de aquí esta concha en la Orden de Santiago, instituida desde aquellos tiempos.

La venera y el león rampante fueron igualmente concedidos a otras ciudades de América.

La ciudad de Santiago de los Caballeros, en La Española, tuvo por sello de armas un escudo colorado con veneras blancas; sobre el escudo había una orla blanca y en éste siete veneras coloradas.

Santiago de Chile tuvo su escudo en campo blanco, y en medio, un león rampante con una espada en la mano, y por orla ocho veneras de oro. Así figuraba casi siempre la venera, en los pueblos que llevan el nombre del apóstol Santiago.

En el escudo de armas de la ciudad de Santiago de León de Caracas que fué fundada el día de Santiago, 25 de julio de 1567, debía figurar también la cruz roja de la Orden, lo que da al conjunto mucho realce. Este bello escudo de armas figuró en los pendones, estandartes, banderas, escudos, sellos, casas, reposterías y en los principales sitios y lugares de Caracas, así como en las impresiones oficiales y documentos municipales; mas hoy solo existe, que sepamos, como un recuerdo que nos ha dejado el tiempo, sobre la antigua fuente pública de la calle Oeste 2, entre las esquinas de Muñoz y Solís.

---

(1) Más tarde, por cédula de Carlos III, de 13 de marzo de 1766, este monarca concede al escudo de armas de Caracas, llevar una orla con la siguiente inscripción: *Ave María Santísima, sin pecado concebida, en el primer instante de su ser natural.*

(2) Antiguamente se marcaba con el sello de armas de Caracas, cuanto se ponía en venta; operación que era vigilada por el empleado del Cabildo conocido con el nombre de *Fiel ejecutor.*

En las felicitaciones dirigidas al historiador de Venezuela, don José Oviedo y Baños, cuando este publicó la primera parte de su obra, en 1723, aparecen unos versos del Licenciado don Alonso Escobar, presbítero, Canónigo de la Catedral de Caracas, en los cuales leemos los siguientes conceptos dirigidos al sello de armas de la capital:

Coronado León, de cuyos rizos
altivas Crenchas visten el copete,
gallarda novedad, que tu nobleza
generosa guardó para tus sienes.

Ilustre concha, que en purpúreas líneas
del Múrice dibujas los relieves
en cruzados diseños, que te exaltan,
cuando en fuertes escudos te ennoblecen.

.. ..

Además de este sello de armas de la ciudad de Caracas, se conocían, en primer término, el de España, por lo general, esculpido en piedra, el cual figuraba en las principales oficinas, como la Gobernación, la Audiencia, el Ayuntamiento, etc., etc. Al sello real seguían los sellos particulares de los titulados caballeros de Santiago y de Alcántara, etc., de los cuales se conserva uno que otro. [1]

¿Cómo es posible, nos hemos preguntado muchas veces, que Caracas abandone el más bello recuerdo de sus primitivos días, el sello de armas que brilló en su cuna y la acompañó en los años de su adolescencia, en todos sus reveses y triunfos, cuando sus primogénitos tanto hicieron para fundarla y conservarla? Este sello debía guardarse con veneración, no sólo porque fue timbre de la primitiva ciudad, sino por haberlo conseguido el primer Bolívar, quien en unión de Osorio Villegas contribuyó al progreso y desarrollo de Caracas. En los dos extremos de nuestra cadena histórica, al lado del sello de Colombia, y después del de Venezuela, debe figurar el sello de la primitiva Caracas, porque son inseparables el Bolívar de la

---

(3) En el patio del edificio de la Exposición, se conserva un hermoso sello de armas, el de Carlos V, el cual figuró en el Ayuntamiento de la Nueva Cádiz, capital de Cubagua desde 1527 hasta pocos años después, en que fué destruida por completo esta primera Colonia Castellana.

(Este escudo se encuentra ahora en el Museo de Bellas Artes).

Independencia, del Bolívar de la Colonia; y el sello de armas es timbre de la familia caraqueña, porque sintetiza la historia de su desarrollo, de sus conquistas, de sus aspiraciones, durante el espacio de tres siglos. Cuando se visita cada una de las capitales de la Edad Media, se remonta el pensamiento a la noche de los tiempos, al ver cómo estas conservan con veneración su sello de armas. Son ellos como libros de piedra con figuras esculpidas que hacen desfilar por los campos de la memoria todas las generaciones que se han hundido en el sepulcro. El sello de armas de Caracas, concedido a esta capital por Felipe II, nos recordará siempre a los primeros moradores que plantaron el trigo en el valle del Guaire, a los primeros templos, a los primeros triunfos en el órden político, y al primer Bolívar que contribuyó con sus luces a la fundación de la Colonia y al engrandecimento de aquella República compuesta de hombres trabajadores y probos.

ARISTIDES ROJAS.

(De "La América Ilustrada y Pintoresca".—Caracas: 1º de octubre de 1888.—Año I.—Mes I.—Núm. 1º).

II

Escudos americanos desde la Revolución de 1810

El Sello de armas de Caracas no desapareció después del movimiento revolucionario comenzado en 19 de abril de 1810 que trajo nueva órden de cosas. Continuó figurando en todos aquellos casos en que era de ley, y aun fue exornado con el nombre del nuevo gobierno. Así le vemos en el folleto publicado en 1811 con el siguiente título: "Manifiesto que hace al mundo la Confederación de Venezuela, en la América Meridional, de las razones en que ha fundado su absoluta Independencia de la España, y de cualquiera otra dominación extranjera, firmado y mandado a publicar por acuerdo del Congreso general de sus Provincias Unidas". Las armas de Caracas están como viñeta, después del título, y en lugar de trofeos, circunda las armas la orla: "Confederación de Venezuela, 19 de abril de 1810". Cuando regresaron los españoles en 1812, y después de

la fatal campaña de 1814, volvió a aparecer el Sello de Caracas, como en los días de la Colonia. Así lo vemos en algunas publicaciones oficiales hasta 1819, entre otras en el "Manifiesto español" publicado en Caracas en este año. Fundada la República, después de Carabobo, el Sello de armas que existía desde los últimos días del siglo XVI, no volvío a figurar.

Verificada la revolución de 1810, se hizo necesario un Sello de armas que caracterizara los documentos e impresiones del Gobierno, y este surgió sin que hayamos podido tropezar con el decreto que lo creara. Consistía en un 19 en el centro de un sol, cuyos manojos de rayos constituían las provincias que habían aceptado el movimiento revolucionario, es a saber: Caracas, Cumaná, Barcelona, Margarita, Trujillo, Barinas y Mérida. Circundaban, al mismo tiempo, el 19, seis hermosas estrellas.

Este Sello figuró en los decretos y comunicaciones de los Ministerios, en el papel moneda de aquella época, en las publicaciones oficiales, etc., etc. En *El Publicista,* importante revista donde aparecieron los debates del constituyente de 1811, el Sello tiene en su porción superior una cinta con el siguiente lema: *Lux unita clarior.* Mas, este Sello fué transitorio, sobre todo, después que Miranda probó la necesidad en que estaba el gobierno de la nueva República, de aceptar la bandera y Sello de armas que debía llevar.

Recordarán nuestros lectores que cuando el gran Miranda invadió a Venezuela en 1806, tanto en las costas de Ocumare, como en el fortín de la Vela de Coro, que fue tomado, figuró la bandera llamada de Colombia, creación de aquél, que no llegó a recibir los honores del triunfo, sino después de Boyacá, Carabobo, Junín y Ayacucho, en las Repúblicas de Colombia, Perú y Bolivia. La primera bandera de Colombia flameó en las costas de Haití, de donde salió la expedición de Miranda, y de donde salieron las dos de Bolívar en 1816. Esta bandera, finalmente, fué quemada con las proclamas de Miranda en 1806, en la Plaza de Caracas, hoy Plaza Bolívar.

La bandera consistía en tres fajas horizontales, de mayor a menor, la primera amarilla, la segunda azul y la tercera encarnada, simulando los colores del iris. Figuraba en ella el siguiente Sello de armas: Una india sentada en una roca, que lleva en la mano derecha una asta rematada por el gorro frigio:

junto a la india se ven emblemas del comercio, de las ciencias, de las artes, un caimán y vegetales, más allá buques mercantes, y en último término el sol que se asoma sobre el horizonte marino. Esta fué la bandera que acompañó a la numerosa comisión de la "Sociedad Patriótica" de Caracas, cuando, en la tarde del 4 de julio de 1811, fué aquélla recibida por el Congreso. Al siguiente día se declaró la Independencia de Venezuela. El día 6, el Constituyente nombra una comisión compuesta de Miranda, Clemente y Zata-Busy, con el único objeto de estudiar cual sería la bandera y Sello de armas que debía tener la República. El Constituyente aceptó por unanimidad la bandera y Sello de armas que figuraron en las desgraciadas expediciones de 1806. Coincidencias misteriosas de la historia! El 14 de julio se publica el acta de la Independencia, en medio de numerosa concurrencia presidida por el gobierno. Las tropas llevaban la bandera de la República, que flameó y fue saludada por las bandas marciales y por la juventud de Caracas, en la misma plaza en que cinco años antes habían sido quemados por el verdugo el retrato de Miranda, sus proclamas y la bandera de Colombia, la misma que acababa de aceptar el Constituyente.

El Sello de Miranda en algo modificado, lo encontramos en una obra publicada en Londres en 1812, con el siguiente titulo: "Interesting official documents relating to the United Provinces of Venezuela, etc., etc., in Spanish and English". 1 vol. en 8º de 309 páginas. En la portada figura el Sello de Miranda, pero con la variante siguiente: Un genio en los aires presenta a la india un pergamino con esta inscripción: "Colombia", y junto a ella un niño alado que carga en la mano izquierda el clarín de la paz y en la derecha otro pergamino en que se lee: "Constitución de Venezuela". Ambas figuras se dirigen a la india que fija sus miradas sobre el grupo aéreo.

En las campañas desde 1813 hasta 1820, figuró el Sello de Miranda; pero después de Carabobo; los sucesos exigían nuevas modificaciones en la heráldica de la Revolución triunfante. El Congreso de Cúcuta en 1821, decretó el nuevo Sello de armas que debía sustituir al de Miranda. En el artículo primero del decreto, leemos: "Se usará en adelante, en lugar de armas, de dos cornucopias llenas de frutos y flores de los países fríos,

templados y cálidos, y de las *fasces* colombianas, que se compondrán de un hacecillo de lanzas con la segur atravesada, arcos y flechas cruzadas, atadas con cinta tricolor por la parte inferior". Y en el artículo segundo leemos: "El Gran Sello de la República y sellos del Despacho, tendrán grabado este símbolo de la abundancia, fuerza y unión, con que los ciudadanos de Colombia están resueltos a sostener su independencia, con la siguiente inscripción en la circunferencia: *República de Colombia*".

Aunque la ley no lo dice, en sellos de esta época que poseemos, aparecen abajo dos cintas con el siguiente expresivo lema: *Viva Bolívar: Muerte a los tiranos.*

Hasta esta época no figuraban sino Venezuela y Nueva Granada que constituían a Colombia. Emancipado el Ecuador, y agregada esta nueva sección a la República, el Sello de armas tenía que ser modificado. Suponemos que fue en 1822, cuando entró a figurar el siguiente sello, tan bello como original: En el centro está un escudo dividido en tres campos. En el superior sobresalen diez estrellas; en los dos inferiores, un caballo en el de la derecha, y un cetro roto en el de la izquierda: el escudo está coronado por un condor que tiene las alas desplegadas. Sostienen el escudo dos figuras alegóricas: la de la izquierda es una mujer que extiende su mano derecha sobre el escudo, y lleva en la izquierda un racimo de frutos. Ella dirige sus miradas a la otra figura que representa un genio fornido, de barba larga, que lleva en la mano derecha un bastón, signo de autoridad. Entre estas dos figuras, y al pié del Sello, brotan dos fuentes que tienen en la porción superior estos nombres: *Magdalena-Orinoco.* A los lados, descuellan palmeras, aguas que simulan ríos o lagos, mientras que en el fondo sobresalen los Andes con sus cimas nevadas. Una cinta acompaña, finalmente, este hermoso Sello con el siguiente mote: *Ser libre o morir.*

Cuando se separaron las tres secciones que componían la República de Colombia, Venezuela aceptó por Sello de armas el creado por el Congreso de Cúcuta, con la siguiente variante, según leemos en el artículo primero del decreto: "El escudo de armas para el Estado de Venezuela, será, desde la publicación de este decreto, el mismo de Colombia, con la diferencia

que en campo de oro, las cornucopias serán vueltas para abajo, y en la parte inferior de la orla llevarán la inscripción: *Estados de Venezuela*"

A poco apareció la bandera de Miranda, con fajas de igual latitud en otro Sello de armas que es el siguiente, creado por decreto del Congreso de 18 de abril de 1836: "Las armas de Venezuela serán un escudo cuyo campo llevará los colores del pabellón venezolano en tres cuarteles. El cuartel de la derecha será rojo, y en él se colocará un manojo de mieses, que tendrá tantas espigas cuantas sean las provincias de Venezuela, simbolizándose a la vez la unión de éstas bajo su sistema político y la riqueza de su suelo. El de la izquierda será amarillo, y como emblema del triunfo llevará armas y pabellones enlazados con una corona de laurel. El tercer cuartel, que ocupará toda la parte inferior, será azul, y contendrá un caballo indómito blanco, símbolo de la independencia. El escudo tendrá por timbre el emblema de la abundancia, que Venezuela había adoptado por divisa, y en la parte inferior una rama de laurel y una palma atadas con tiras azules y encarnadas en que se leerán en letras de oro las inscripciones siguientes: *libertad*–19 de abril de 1810–5 de julio de 1811".

Desde 1863, figuran en la faja azul de la bandera venezolana siete estrellas; y el escudo de armas ha sufrido la siguiente variación: abajo, al pié del escudo se lee: *Dios y Federación:* a la derecha, *5 de julio de 1811.—Independencia*:—a la izquierda 28 de marzo de 1864—*Libertad.*

Al comparar los diversos Sellos de armas que tienen las actuales naciones del Continente americano, sorprende, como casi todas ellas han hecho figurar en sus escudos o en la exornación de éstos, algunos de los dones de la naturaleza americana, siempre rica, espléndida, grandiosa. La República de Washington aceptó el águila de sus alturas que lleva en las garras manojos de rayos y de laureles, y en el pico el célebre lema: *E pluribus unum.* Siempre que contemplamos este famoso escudo, viene a nuestra memoria aquella célebre frase de Turgot en elogio de Franklin: *Eripuit cælo fulmen ceptrunque tirannis,* tan celebrada en la época de la revolución francesa.

En el de la República mexicana sobresale el águila posada sobre el nopal, como recuerdo de la tradición azteca, respecto de los orígenes de México. Lleva en el pico una serpiente, este animal simbólico que tanto figuró en la historia primitiva del Anahuac.

En los Sellos de armas de las Repúblicas de la América Central aparece algo de nuestra naturaleza espléndida: el ave de rico plumaje, los volcanes, los Andes, y las costas de los océanos Pacífico y Atlántico.

En el de la Nueva Colombia figura el célebre Istmo de Panamá, las costas de los dos océanos, y arriba, las cornucopias y la granada, como recuerdo ésta del nombre que llevara esta nación en los días de la conquista castellana, y de sus hechos gloriosos aquéllas.

En los Sellos de armas del Perú, Ecuador y Bolivia, vemos también los volcanes y cimas nevadas de los Andes, y animales y vegetales, emblemas de la riqueza natural de la fértil zona americana.

El Brasil en fin, exorna su Sello de armas con símbolos de su riqueza agrícola. Dos ramas floridas, una de café y otra de tabaco, realzan el bello escudo del imperio brasilero.

Pero lo que más cautiva en mucho de estos escudos de las naciones hispanoamericanas, es ver como el gorro frigio surge, ya solitario en campo de plata, ya sobre corona de laurel, ora como núcleo de un sol que se levanta, ora sobre la cima de los volcanes andinos.

Esta heráldica americana tiene cierta novedad que satisface, por la variedad de los símbolos y las diversas ideas que contribuyeron a la creación de cada escudo.

ARISTIDES ROJAS.

(De "La América Ilustrada y Pintoresca".—Caracas: 15 de octubre de 1888.—Año I.—Mes I.—Núm. 2).

LOS PLATOS PARLANTES DE LA REVOLUCION VENEZOLANA

Uno de los más distinguidos escritores de la Francia moderna, Champfleury, talento investigador y fecundo, escribió, hace pocos años, un libro lleno de bellezas históricas realzadas por su estilo seductor, que lleva por título: *Histoire de faiences patriotiques sous la revolution.* Después de viajar por las principales provincias de la patria nativa y de estudiar las diversas obras del arte cerámico, durante los últimos veinte años del pasado siglo y los primeros del actual, el autor logró enriquecer con notables adquisiciones el museo de Sevres, del cual es director, y en el que pueden estudiarse los históricos objetos de la cerámica parlante, en los días de la revolución francesa y del imperio, y desde la restauración hasta nuestros días.

He aquí un monumento levantado al arte y también a la historia de época tan fecunda en acontecimientos de todo género. Ante una colección tan rica como variada, el espíritu investigador estudia, medita, y sigue en toda su evolución el desarrollo de una idea que aparece velada en los primeros tiempos, que a poco toma creces, se impone, domina la mayoría, y llega a la escarpada meta, después de haber producido estragos inauditos, de haber llevado a la fosa numerosas víctimas y de haber derribado antiguas y arraigadas preocupaciones. Sobre los humeantes y ensangrentados escombros de aquella revolución que cumple en estos días una centuria, se levantaron los cimientos de la sociedad actual.

En esta colección que nos relata la historia de luctuosos y brillantes días, las alegorías, los lemas, los emblemas, la más insignificante figura nos cautiva y habla con elocuencia per-

suasiva. Ya es la fortaleza de la Bastilla, sobre cuyas almenas ensangrentadas se levanta la bandera popular que lleva por lema: *ser libre o morir;* ya es el árbol de la libertad, la encina histórica, en cuya copa ondea este lema: *libertad o muerte:* ora es la elevada pica que conduce el gorro frigio, acompañando a la muchedumbre entusiasta que entona en coro las siguientes estrofas.

Tirans, le sort en est jeté
Le bonnet de la liberté
Fera le tour du monde.

Ya es la balanza de Astrea que cede al impulso que le da la mano del hombre de los campos, que toca uno de los platillos, mientras que en el opuesto se elevan los atributos de la realeza y del clero como para indicar que el trabajo unido a la aristocracia y a la religión constituyen las glorias y la felicidad de un pueblo; ya es el joven obrero, libre, consciente, que pisotea la corona real, mientras que ostenta en una mano el gorro frigio y en la otra la masa de Hércules: ora es el gallo vigilante que anuncia la aurora sobre el cañón siempre listo para ametrallar a los enemigos de la patria, o los emblemas de la agricultura que hacen cortejo al gorro de la libertad, ennoblecidos por el sublime lema: *veneranda nutrix:* ora son las manos estrechadas por el libro en que están consignados los *derechos del hombre:* ya son las fasces, banderas y escarapelas coronadas de laureles y embellecidas por el lema, *Libertad–Igualdad:* ora es el retrato de Necker circundado de este elogio: *Tu eres la esperanza y el sostenimiento de la Francia:* ora es la urna que guarda los despojos mortales de Mirabeau coronados por el gorro frigio y ramas del árbol de la libertad, acompañados del siguiente lema: *A los manes de Mirabeau la patria reconocida......* Por todas partes sobresalen los lemas: *La Unión hace la fuerza: Viva la libertad sin la licencia: amémosnos como hermanos: vencer o morir: viva la nación: viva la paz: veneranda nutrix,* mezclados con los diversos blasones de la revolución, es a saber: el ancla, la cadena rota, las espigas de trigo, laureles y palmas, el árbol de la libertad, el gorro frigio, la pala y el arado, el báculo, la cruz y la espada.

Es sorprendente ver cómo la reunión de todos estos objetos cerámicos, nos transporta a cada etapa de la evolución, y nos hace ser testigos de los diversos actos del drama sangriento. Creemos presenciar los días de entusiasmo y de esperanza, y sin pensarlo, nos encontramos en medio de aquellas orgías de sangre, de aquella prolongada noche sin crepúsculos. Pero al fin contemplamos los rayos benéficos de la nueva aurora, que con ellos ha venido la paz y las bendiciones de Dios sobre los despojos de las víctimas.

Y ¿qué hay de extraño que la cerámica haya consignado en el tiesto el recuerdo de tantos hechos, si a su turno, la escultura, la pintura, la poesía y la música hicieron igualmente cortejo a la revolución, desde sus primeros días? Sin la contribución del arte y su influjo civilizador, la revolución francesa carecería de la aureola que realza las grandes causas: aureola a la cual contribuyen la poesía popular, hija de la inspiración y de la patria; la estrofa cantada, hija del entusiasmo y del deber que electriza, inflama y precipita a los hombres en pos de la gloria; la escultura, la pintura, la cerámica, que trasmiten al mármol, al bronce, al lienzo y a la arcilla el recuerdo de las tempestades humanas, en la eterna lucha de lo que ella tiene de divino, la conciencia, la libertad contra la tiranía, contra la usurpación y la fuerza, contra la anarquía y el crimen.

En la revolución venezolana que tuvo su punto de partida el 19 de abril de 1810, el arte apareció al instante con canciones que se hicieron populares, y con elegías en que se celebraba la gloria de los primeros mártires; pero lo que dió un carácter único a la revolución fue la poesía popular, las endechas llaneras, las tonadas patrióticas, inspiración del momento, tan llena de novedad y de gracia, en los días en que los contendientes luchaban con ardor en la dilatada pampa venezolana.

Existe una fuerza misteriosa que parece guiar los sucesos en todos y cada uno de los cataclismos políticos que tienen por objetivo la emancipación de un pueblo, cualesquiera que sean la latitud y la época. Las primeras ideas que se asoman sobre el horizonte son las mismas en todas partes, unos mismos los

gritos, semejantes los propósitos: es la libertad que cuando alienta, acerca las inteligencias, funde los corazones y hace de cada hombre un baluarte y de cada pueblo un poder. Cuando la revolución venezolana hace al mundo su declaración el 5 de julio de 1811, ella aparece llevando en el Sello de armas, creado por Miranda, la mujer indígena, la nueva Palas, que altanera lleva por arma su carcaj y su arco, trayendo en una mano la rama de laurel y en la otra la pica coronada por el gorro de la libertad. Este era el primer grito de la revolución, y con este escudo elocuente y sintético continúa, vence, sufre, lucha, atraviesa por los campos *de la guerra a muerte;* y cuando, después de cruentos reveses, vislumbra el iris de la victoria, cambia de librea y aparece de nuevo, no con el gorro frigio, sino con los emblemas de la riqueza americana: el Orinoco, el Magdalena, los Andes, y al pie de éstos el cetro roto y los símbolos de la libertad: el condor en las alturas, el caballo en la pampa: todo coronado por las tres estrellas, las tres naciones que constituían la República de Colombia. Un lema inmortal realzaba este escudo de armas *ser libre o morir.* Era el mismo que había brillado sobre las torres ensangrentadas de la Bastilla, cuando el pueblo de París derribó este baluarte de la esclavitud; el mismo lema que brilló sobre la copa del árbol de la libertad al lado del gorro frigio, y cuyo recuerdo conmemoran hoy los platos de la fábrica de Nevers.

Constituída Colombia, la revolución toma nueva librea, abandona el escudo de armas que había coronado su triunfo, para aceptar los haces colombinos unidos a las dos cornucopias que derraman flores y frutos. Debía seguir y alcanzar nuevos triunfos sobre el dorso del planeta. ¿Cuál es el lema que adopta? —*Viva Bolívar, muerte a los tiranos.* Es el grito de guerra a muerte que se escucha de nuevo, porque es necesario independizar el resto del continente. Este lema de *Viva Bolívar, muerte a los tiranos* es imitación de aquel de la revolución francesa:

"Ah! ça ira,
Les aristocrates a la lanterne!"

. . . .

grito de desesperación y de muerte, que acompañó hasta al fin a la revolución francesa y más tarde a las legiones de Colombia hasta las nevadas cimas del Cuzco y de Potosí.

Ça ira ça ira que equivale en español a *así es, así será, así debe suceder*; era la frase favorita de Franklin, en sus conversaciones y discusiones familiares, durante la época en que permaneció en París, como Ministro de los Estados Unidos de la América del Norte, *ça ira* es una de tantas frases que corresponden a la labor del pensamiento y sintetizan un propósito anticipado. Lo mismo puede decirse de la frase favorita de Bolívar, *Por supuesto,* durante sus campañas en la pampa venezolana. *Por supuesto* equivalía a *así es, así sucederá,* etc., etc. De aquí el sobre nombre que los llaneros le pusieron al Libertador, llamándole, *El tío por supuesto.* Ambas frases corresponden a la inglesa *all right* que equivale a *está bien, está corriente, así es.*

La música de *ça ira* fué tomada según nos dice Champfleury, de una canción favorita de María Antonieta. En los primeros tiempos la canción fué inspirada por el entusiasmo del pueblo en la gran fiesta del 14 de julio de 1799; mas poco a poco la canción fue tomando creces hasta que se convirtió en canto de venganza y de muerte. Fue de esta manera, agrega el cronista, cómo tres pequeñas sílabas consagradas por un gran ciudadano, recorrieron la Europa.

Como complemento a estas frases de Franklin recordemos el siguiente escándalo. Franklin, este sabio apóstol de la libertad, fue tan venerado por la sociedad francesa, al comenzar la revolución, que sus numerosos amigos encargaron a uno de los más célebres escultores de la época, cinco medallones diferentes, donde el busto del filósofo estuviese circundado de la siguiente y expresiva leyenda: *Eripuit cælo fulmen Sceptrumque tyrannis.* Luis XVI, que presenciaba tan notable entusiasmo en su derredor, sin ser partícipe, solicitó un ceramista a quien le encargó *cierto vaso,* que tuviese en el fondo igual medalla con retrato e inscripción, el cual fué remitido a la condesa Diane donde era festejado el gran patricio.—"Insultar a Franklin, agrega Champfleury, era insultar a la nación que lo había acogido con tanto entusiasmo. La nación se vengó".

Así son las pasiones humanas; pero del fondo de todos los cataclismos surge la justicia de origen divino. El *ça ira* de Franklin cantado por un pueblo desbordado, acompañó a María Antonieta al cadalso, y en este mismo murió Luis XVI. Ni su nombre, ni su memoria valen un bledo en la historia de la humanidad, mientras que sobre la tumba de Franklin han leído y leerán todas las generaciones este epitafio: *Eripuit cælo fulmen Sceptrumque tyrannis.* En vida se lo dedicó la Libertad: en la muerte la Justicia.

Cuando años después abandonó el hispano la porción Sud del Continente, desaparecieron los lemas amenazantes, hijos del ardor de la lucha, para ser sustituidos por expansiones hijas del triunfo y de la razón.

En la transformación política de la América del Norte no figuró, como en la revolución francesa, el arte cerámico, ni antes ni después de la lucha. No así el arte escultural que, con raras excepciones, descolló al sellarse la paz en 1783. Desde esta fecha datan las mil medallas fundidas en la América del Norte, en conmemoración de Washington y de los hechos de la magna guerra.... El genio de la ciencia, de las industrias y del comercio, sobresale más en la República de Washington que las bellas artes. Esta hija heredera de las antiguas civilizaciones no ha establecido todavía sus reales en las regiones del Nuevo Mundo que apenas cuentan cuatro centurias de existencia. [1]

En la revolución que dio nacimiento a la República de Colombia, y más tarde a las del Perú y Bolivia, el arte cerámico apareció festejando los triunfos de Bolívar y de sus conmilitones, desde los primeros días de la República. De pronto no puede comprenderse este hecho, cuando en los diversos países que constituyeron a Colombia, no existe sino el plato indí-

---

(1) Al celebrarse la primera centuria de la revolución Norte Americana, de 1876, nos llamó la atención que los objetos del arte cerámico, que figuraron en la Exposición de Filadelfia, como platos, tazas, floreros, etc., que tienen el retrato de Washington y el sello de armas de la gran república, han sido fabricados en Inglaterra. Esto quiere decir que todavía el arte cerámico, muy en su cuna, en la patria de Washington, no puede festejar con sus productos las glorias de la América del Norte.

gena, la *múcura* y utensilios de cocina de que se sirven todavía los descendientes de los primitivos Caribes, Chibchas y Quechuas; y cuando hoy mismo la cerámica científica no ha podido aún instalarse. Dos causas nos parece que contribuyeron a ello: la Legión Británica en primer término, que desde 1817, se unió al ejército patriota y comenzó a prestar su contingente en la pampa venezolana y después en los Andes de Boyacá, en Carabobo, Santa Marta, etc., etc., y en segundo término, la industria inglesa, que, aprovechándose de la creación de Colombia, fundó en esta región su comercio hasta entonces clandestino, por la rémora que le opusiera el gobierno de España. Esto explica el por qué los objetos de cerámica inglesa son más abundantes que los de la cerámica francesa, distinguiéndose los primeros que consisten en platos, pocillos y jarras de diversos tamaños, la nacionalidad originaria, desde el momento en que los lemas que los acompañan están escritos en español inglesado.

Dos fábricas célebres, desde el siglo último, la de Spode y la de Davenport, surtieron desde 1822 y 1823 los mercados de Venezuela y de Nueva Granada. Estudiemos estos diversos objetos que conmemoran las glorias de la primera Colombia.

1º Platos y objetos diversos de la fábrica de Spode con dibujos azules, entre los cuales figura el sello de armas que sustituyó al de Miranda, y del cual hemos hablado. Estos platos llevan por lema: *Ser libre o morir*. Todavía se encuentra en Caracas una que otra muestra de esta loza.

2º Platos y objetos de la fábrica de Davenport, dibujos encarnados, entre los cuales sobresale el sello de Colombia que acompañó a Bolívar hasta Bolivia, y tienen por lema: *Viva Bolívar, muerte a los tiranos*. De esta loza es muy difícil encontrar un ejemplar.

Sin lema, sin marca de fábrica, de loza más ordinaria que las precedentes, con borde azul y sobre fondo blanco, descuella en una pieza que poseemos el sello de Colombia en color azul, acompañado del siguiente letrero: *Viva la República de Colombia*. Esta pieza nos parece que pertenece a la época de 1826.

Los pocillos y jarras cuya fabricación sin duda, fue patrocinada por los oficiales de la Legión Británica, unos exornados

de flores, algunos en relieve con colores chillones, llevan los siguientes lemas:

1º En obsequio de Brión, muerto en 1821: *Valeroso colombianos. Vosotros debeis tener impreso en vuestras memoria para siempre la lamentable pérDida de vuestro Almiranta Luis Brión.*

2º En obsequio de Padilla: *Memoria del accion dada en al Ansenal de Cartagena de India Por el valeroso General Padilla Donde fue decidido el 24 june 1821.*

3º En obsequio de Carreño: *Memoria del acción dada en la Sieuiga de Santa Martha por el General Carreno.*

4º En obsequio de Cordoba y Maza: *Memoria del acción dada en Tenerife por los valientes Córdoba y Maza.*

5º En obsequio de Bolívar y Páez: *Memoria del acción dada en el Campo de Carabobo por el Libertador Presidente General Simón Bolívar y el valerozo Pais donde fue decidido el 24 junio 1821.* (2)

En las jarras que conmemoran la batalla de Carabobo figura el gorro frigio arriba del lema. En la colección de nuestras leyendas históricas figura una titulada: *El gorro frigio*, y en élla hablamos del único Jefe de la Independencia Sudamericana que hizo uso de aquél, el General José Félix Ribas. Lo llevaba puesto en la cabeza donde quiera que tenía que pelear. Decapitado por los españoles, después de Urica, sobre su cabeza colocaron el emblema de la Libertad, y así la pusieron primero en una pica levantada en la plaza Bolívar, y después en la jaula que fué colocada en el camino de Caracas a La Guaira. El gorro frigio abrió la guerra de la revolución de Caracas en 1811, y este mismo gorro en el Sello de armas de Miranda, fue estampado en 1819, al anunciar el Gobierno de Angostura a los pueblos de Venezuela, el tratado sobre la regularización de la guerra concluido entre el Libertador Presidente de Colombia y el General en Jefe del ejército español Don Pablo Morillo. El actual Sello de armas de la República Argentina es una reminiscencia de la misma alegoría que brilló en los

---

(2) Todavía había otras muestras más en recuerdo de Boyacá y de los Libertadores Anzoátegui, Montilla, etc., etc. Agradeceremos a los que conservan algunas de estas piezas que no figuran en nuestra colección, que nos faciliten copia de los letreros, si no quieren vendérnoslas.

días de la revolución francesa, en 1790, a saber: dos manos estrechadas que conducen el gorro frigio, exornado de laureles, cuyo dibujo figura en uno de los platos de la revolución.

En un platillo, de dibujos azules, de fábrica inglesa, está el retrato de Bolívar, de uniforme; abajo figura el último Sello de Colombia, y arriba en dos cintas se lee: *Simón Bolívar, Libertador Presidente de Columbia.*

En otro plato, con dibujo de varios colores, de fábrica también inglesa, leemos: *República de Colombia para siempre.* Este plato pertenece a la época en que comenzaba la decadencia de Bolívar, y la polémica entre unionistas y separatistas, 1826 a 1828.

Entre los objetos de loza con retratos y letreros, pertenecientes a la cerámica francesa conocemos los siguientes:

1º Un plato de loza blanca y bordes dorados que tiene en el centro el retrato de Bolívar en colores; abajo leemos: *Bolívar.* La obra no es buena, pero parece que conmemora la estatua del Libertador en Bolivia, pues desde aquí fueron traídos a Venezuela los pocos ejemplares que se conservan.

2º Retrato en miniatura de Bolívar, dibujo finamente colorido en un pocillo de tres patas (estilo del primer imperio) de la célebre fábrica de Flamen Fleury. Es una obra de arte. La bandera de Colombia figura en una de las caras, y también en el platillo, donde leemos: *Patria-Honor.* En los últimos años de Colombia un corsario español se puso en esta colección de pocillos, que fué después vendida en las costas de Cartagena. El que conservamos perteneció al General Boguier.

En Bogotá existe una familia que poseía hasta ahora poco, una colección de platos para postres, en los cuales figuran los retratos de los principales campeones de la Independencia colombiana. Conservamos cuatro de aquellos platos que debemos a la cortesía de la señora doña Josefina de O'Leary. En uno leemos abajo del retrato: *Libertador de Colombia,* y en los otros: SUCRE, Héroe en Pichincha.—MONTILLA, Ocupador de Cartagena.—PAEZ, Terror de los españoles. Tienen poco mérito artístico y datan de los últimos años de Colombia.

El Sello de armas de Venezuela emanado de la revolución de 1830, no lo encontramos sino en dos piezas de la cerámica francesa: en una plancha que mide 21 centímetros de largo por

19 de anchò, de la fábrica de Pilivit, hecho en 1863 a 1864, y en un plato del servicio del General Guzmán Blanco salido más tarde de la misma fábrica. Ambas obras son de un mérito sobresaliente.

En una colección que conmemora los hombres y los sucesos de la revolución venezolana, no podía faltar el busto de Washington al lado del Sello de armas de la antigua Colombia.

Hace poco que la excelente familia Sevillano nos regaló un rico florero de porcelana francesa que mide 39 centímetros de altura por 19 de ancho. Es una obra artística de notable belleza, trabajo de porcelana, de estilo griego, graciosamente exornado. En una de las caras, sobre fondo de esmalte azul, figura el escudo de armas de Colombia bellamente dibujado y dorado, y en la otra, sobre fondo claro-obscuro, sobresale una espléndida miniatura de Washington, que mide 11 centímetros de altura por 7 de ancho. En la garganta del florero y en la cara donde está Washington, leemos en una faja dorada el siguiente terceto, cuyo autor ignoramos:

"Bien aventurada Patria
Que tales hijos engendras
Que tanta virtud abarcas".

¿Obra tan hábilmente ejecutada es única? No; este florero debió tener un compañero con el mismo terceto y con el Sello de armas de la República de los Estados Unidos de América en una cara y en la otra el retrato del Libertador Bolívar. Tal obra debió ser obsequio mandado desde París por algunos de sus tantos admiradores en esta capital, después de la creación de Colombia, como la Baronesa de Villars, Rocafuerte, José Fernández Madrid, Olmedo, Palacios, etc., etc. La época en que se hizo este presente debió ser en 1826, días en que el célebre Enrique Clay, en un banquete dado por el Gobierno Norteamericano al General Laffayette, festejó a Bolívar llamándole el Washington de la América del Sud; al mismo tiempo que la familia de aquel fundador de libertad, agasajaba con espléndida e histórica dádiva al mismo Libertador, por el intermedio de Laffayette.

Domina en este regalo una sola idea: la gloria de las dos Américas, representada por los dos Washington. Por esto aparecen trocados los Sellos de armas de cada República, como para manifestar el lazo que debe unir estas dos porciones del Hemisferio Oceánico; la una en la cual se eleva majestuosa el águila del Norte, la otra en la cual se posa el condor de las eternas nieves sobre los volcanes, atalayas del mundo de Colón.

———

Creemos que Bolívar nunca recibió el presente de los floreros, y que estos corrieron la misma suerte de los pocillos de la fábrica francesa de Fleury. Quizá llegaron juntos a manos del mismo corsario. Lo cierto es que ignoramos como llegó aquel a Caracas y como ha podido conservarse. El tiempo nos resolverá este enigma.

Hoy, que el indiferentismo ha penetrado en todas las capas sociales, formar una colección de estos tiestos parlantes que tanto nos recuerdan los hechos admirables de nuestra magna lucha, parece necedad; pero día llegará, cuando, dentro de veinte años, se celebre el centenario de la revolución de 1810, que llevó sus banderas triunfantes hasta los inaccesibles nevados del Cuzco y Potosí, en que todos estos objetos tendrán su puesto de honor y serán solicitados. Entonces, un documento inédito, una carta autógrafa, un instrumento de combate, una hoja periódica de los días de la *guerra a muerte*, serán tan solicitados como un plato, un jarro, un lema, un Sello de armas impreso sobre estos tiestos que con afán buscamos. Y todos tendrán su valor intrínseco, su valor histórico, por los recuerdos que nos traigan de pasadas generaciones, de hechos heroicos que no pueden borrarse de nuestra memoria, porque la sociedad en su evolución progresiva, necesita siempre de las lecciones del pasado, representadas en la historia de los siglos.

Cada objeto de arte, cada libro es un testigo admirable que nos dice la verdad, sin agregar ni empobrecer la historia de las generaciones que yacen en la tumba. La humanidad no perece en el movimiento del progreso; una porción de ella se ausenta, otra surge: ambas se complementan. La una crea porque la otra le ha dejado la labor del pensamiento: las inscripciones, los monolitos, las pirámides, las esfinges, el papirus,

la navegación, la imprenta, el arte desde sus orígenes. La musa de la historia preside las escavaciones del Asia, del Egipto, de Grecia, de Roma, de los pueblos bíblicos, de América. Nada se ha perdido; allí están los trabajos de millones de generaciones, los monumentos que hablan. Todo es elocuente, no sólo la obra del hombre, sino también su cráneo que nos habla de las razas del sér pensador, de la misma manera que los fósiles animales y vegetales son los elocuentes historiadores de las épocas geológicas.

Aristides Rojas.

Abril, 24 de 1889.

(De "La América Ilustrada y Pintoresca".—Caracas: 1º de mayo de 1889.—Año I.—Mes VIII.—Núm. 15).

LA ROSA DE DEVON

Eran los días de Isabel de Inglaterra, hija de Ana Bolena, época en que el espíritu de aventuras y de viajes hacia las costas del Nuevo Mundo, se apoderó de los marinos ingleses, todos listos a cruzar el Atlántico, en pos de aventuras, de riquezas o de tierras con que ensanchar la hermosa conquista de Cabot, al Norte del Continente americano. En aquella época, fines del siglo décimo sexto, surgieron Raleigh y Hawkins, Drake y los temidos filibusteros que, durante un siglo, azotaron las costas españolas del Nuevo Mundo. Un hecho inmortal los estimulaba, la pérdida de la INVENCIBLE ARMADA de Felipe II. destrozada por las olas. Era necesario aprovecharse de este triunfo de la casualidad, para seguir hostilizando a las colonias españolas del Nuevo Mundo, y arruinar a España en todas partes, ya que así lo demandaban las necesidades de la política inglesa y las rivalidades y odios de aquellos tiempos.

Desde 1565, habían comenzado las expediciones de Hawkins contra la isla de María Galante, y contra Cumaná, Burburata y otros puertos de la costa venezolana. En 1576, el mismo Hawkins ataca a Trinidad, Margarita, Curazao y otras islas. En 1593, el pirata Langton, asalta las costas de Margarita, y después de cinco días de correría, regresa a su nave con abundante cosecha de perlas. Mas no pertenecía solamente a los marinos ingleses el privilegio de azotar nuestras costas: ya en 1567, una expedición de franceses y escoceses había saqueado a la ciudad de Coro, capital de la primitiva provincia de Venezuela, y los holandeses se aprestaban a entrar en esta vía de aventuras, antes que rematara el siglo décimo sexto. Las expe-

diciones inglesas contra las costas de La Guaira no debían comenzar sino desde 1583, antes que se verificaran las incursiones de Raleigh y de Simes, por las aguas del Orinoco, en solicitud de la ciudad de Manoa y de las riquezas de "El Dorado".

Dos célebres marinos, con el nombre de Amyas, son los jefes de las expediciones inglesas contra La Guaira, en el espacio de doce años, 1583 a 1595: Amyas Leigh y Amyas Preston. El puerto inglés de Bideford, en el condado de Devon, era en aquellos días, uno de los principales de Inglaterra, pues de él salieron la mayor parte de las expediciones capitaneadas por Raleigh, Hawkins, Cxenkans, Drake y otros muchos; todos ellos eran hombres de avería, piratas consumados que, alimentados por el odio que entonces existía entre Inglaterra y España, no tenían otra ambición sino la de pillar los pueblos españoles, en las costas del Nuevo Mundo, para en seguida regresar al suelo patrio, repletos de oro y de perlas, después de haber proclamado en todos los mares, las glorias de Inglaterra y las proezas de sus marinos. A este grupo de marinos célebres, pertenecían los hermanos Leigh, descendientes de una de las más antiguas y distinguidas familias de Inglaterra, a mediados del siglo décimo sexto. En el curso del tiempo, dos ramas llegaron a constituir esta familia: la protestante, a la cual pertenecían los hermanos Francisco y Amyas Leigh; y la católica en la cual se había afiliado un primo de aquéllos, Eustaquio Leigh.

Un moderno novelista inglés, ya célebre por sus obras, el conocido Carlos Kingsley, publicó hace años un libro que lleva por título: *"Westeard-ho!"*, ¡al Oeste!! En esta narración, cuyo argumento se conexiona con las aventuras de los filibusteros ingleses de los últimos años de Isabel de Inglaterra, figuran dos marinos de la familia Leigh, de la cual acabamos de hablar. Sin despojar a la historia de lo que ésta tiene de verdad, el autor tomó como punto de partida, en el desarrollo de su plan, el puerto de Bideford, y conduciendo sus personajes a las playas del Nuevo Mundo, los hace asistir a las escenas esplendentes de la naturaleza tropical, a la llegada de los hermanos Leigh a las costas de Caracas, los cuales venían en busca de la nueva Elena, de una compatriota robabada por un prisionero español en el puerto de Bideford. Es

muy curioso ver cómo en esta época se resucitaban dos episodios de la mitología helénica: la expedición de los argonautas en solicitud del Vellocino de Oro, y la expedición de los griegos en recíamo de la bella Elena, rapto que ocasionó la guerra de Troya.

Para que nuestros lectores tengan idea de la llegada de los hermanos Leigh a La Guaira, en 1583, es necesario explicar las razones que motivaron la salida de los aventureros de las costas inglesas.

El Corregidor de Bideford, en el Condado de Devon, tenía una hija llamada Rosa, bella y espléndida mujer. Y eran tanto los atractivos morales y físicos de élla, que bastaba tratarla, para que quedaran prendados de sus gracias, tanto sus compatriotas, como los extranjeros que visitaban las afortunadas costas de aquella comarca. Entre los enamorados de Rosa, estaban los primos-hermanos Francisco y Eustaquio Leigh, sin que entre ambos pudiera existir rivalidad alguna, puesto que Rosa nunca quiso corresponder al amor de sus apasionados. Si con sus espinas hería con frecuencia a los corazones rendidos, ninguno pudo aspirar los aromas de aquella Rosa de Devon, que era para los armadores de Bideford, y para los expedicionarios de tan célebre época, la estrella confidente de los mares americanos.

Durante aquellos días de 1583, en que se habían roto las hostilidades entre ingleses y españoles, éstos habían desembarcado en las costas de Irlanda, con el objeto de ayudar a los rebeldes de esta isla, que querían independizarse del gobierno inglés. Uno de los guerreros que salió al encuentro de los asaltadores fué Amyas Leigh, quien, después de triunfar de los extranjeros, pudo hacer prisionero al jefe de la expedición española, un oficial llamado don María Magdaleno Guzmán Sotomayor de Soto, tipo esbelto y distinguido, cuyo talento y conversación indicaban un noble origen. Bajo su palabra, mientras que sus amigos en España recogían la suma señalada por su rescate, Sotomayor pasó dos años en el puerto de Bideford. Pero he aquí que la Rosa de Devon halla al fin el corazón con el cual soñara, y Sotomayor la mujer que la fortuna le deparaba como esposa. La protestante había encontrado su nido en el corazón católico del prisionero español.

Se amaban, y todo el mundo lo ignoraba; se hablaban y nadie llegó a sospechar que aquellos corazones alimentaban el mismo fuego.

En esto llega el valor del rescate. Sotomayor queda libre, y al mismo tiempo en actitud de seguir para América con el nombramiento de Gobernador de La Guaira, que había recibido de su gobierno.

Entonces se despide de sus numerosos amigos de Bideford y sigue rumbo a las costas de Venezuela. Pero apenas había dejado de verse en el horizonte la nave que lo conducía, cuando se corrió en toda la comarca que la Rosa de Devon con su aya, habían desaparecido.

Aquí comienza la novela, que se abre con una inexactitud, pues La Guaira no existía para la época del suceso, 1583. El puerto de Caracas era entonces Caraballeda; pero como el autor escribió su narración hace como cuarenta años, no tuvo tiempo de investigar, si La Guaira que conocieron los piratas ingleses de 1595, en los días del marino Amyas Preston, existía doce años atrás, en 1583, durante el viaje del marino Amyas Leigh. Por otra parte, aun existiendo, no se conocía entonces el empleo de Gobernador de La Guaira, sino el de Alcalde o Corregidor.

Ya podrá suponerse la sensación que produjera tal suceso, al ser conocido de los moradores del Condado de Devon. La idea de un rapto hecho por un católico en una protestante, y la imposibilidad de que un noble como Sotomayor pudiera casarse con una niña tan sencilla como la Rosa de Devon, hubieron de despertar general indignación. Herido en su orgullo el padre de Rosa, que era hombre adinerado, ofreció costear un buque de guerra, si se presentaba uno que quisiera mandarlo y arrancar su hija del poder del español, para vengar de esta manera la ofensa inferida al orgullo de su raza. Al instante se presentaron muchos jóvenes, dispuestos a afrontar todos los peligros de una empresa semejante; mas el preferido fue Amyas Leigh, que era ya un marino de nombradía.

Hechos los preparativos, Amyas se lanza al mar acompañado de su hermano Francisco y de varios jóvenes, unos, a quienes arrastraba el amor a la aventura, otros, que dominados por un sentimiento de patriotismo, querían vengar a la

bella Rosa. El 15 de noviembre de 1583 hincha sus velas la fragata *Rosa* en las aguas de Bideford, y los cien tripulantes de ésta, después de haber recibido la comunión en la iglesia parroquial del puerto, zarpan en dirección del Nuevo Mundo.

Prolongada es la navegación en aguas del Atlántico, pero al fin los tripulantes de la *Rosa* divisan las costas de Barbada; y como a los marinos de Colón, el grito de *tierra!* los llena de regocijos. Habían dejado atrás las brumas del Norte, y se hallaban en medio de una naturaleza tropical, ataviada de luces y de colores, con un cielo poblado de estrellas, con un océano fosforescente, con brisas que traían a los marinos fatigados el aliento perfumado de la costa. Y cuando avanzó la primera noche en aquellas aguas, contemplaron a la Luna y a Venus, que tachonaban el cielo azul, límpido y sereno, y vieron sobre los montes de la costa, los insectos lucíferos, en su danza nocturna, apacible y misteriosa.

De Barbada siguen los expedicionarios a Borburata, de aquí a Margarita, donde se hicieron de cuantiosa cantidad de perlas. Retroceden entonces y llegan a La Guaira, atravesando, como dice el autor, aquella inmensa bahía que se extiende desde la península de Paria hasta el cabo Codera. Al pasar éste, se encuentran frente a frente con las cumbres del Avila y de Naiguatá que coronaban un anfiteatro de cimas, y en presencia de tan espléndido panorama, aquellos marinos quedan atónitos.

Antes de llegar a La Guaira, Leigh tropieza con una canoa tripulada de indios guaiqueríes, quienes aconsejaron al jefe de los expedicionarios que no siguiese a aquel puerto, porque lo aguardaban. En efecto, al acercarse a La Guaira, vieron varios buques, entre ellos, uno de guerra, y dos corbetas tripuladas. ¿Quién había denunciado la expedición? El autor de la historia hace aparecer a Eustaquio Leigh, enamorado de Rosa y enemigo de su primo Francisco, quien, sabedor de los preparativos de la expedición se había adelantado para revelar a las autoridades españolas de La Guaira todo lo que se tramaba. Necesitábase para el desarrollo del plan, de un católico entregado a los Jesuitas, que hiciera contraste con los hermanos Francisco y Amyas Leigh, y Eustaquio se presenta en escena al lado de Sotomayor y en la costa venezolana. A

poco sábese que Rosa estaba en una casa de campo, cerca de La Guaira, a donde con riesgo llegan los hermanos Leigh. Ellos la ven, le hacen cargos, pero ella se defiende. En esto tropiezan con Eustaquio Leigh, quien les confiesa que Rosa era la esposa de Sotomayor, y que ambos eran felices y vivían contentos. A poco salen guardias, y queda prisionero Francisco Leigh, en tanto que Eustaquio se escapa.

Desde este momento comienza a nublarse la estrella de la Rosa de Devon. Eustaquio siembra la discordia entre los esposos, aprovechándose de la diferencia de religión que profesaban. Amyas tiene que huir de La Guaira el ver la actitud de la fragata y de las carabelas que salen a atacarle. En el combate, vence, pero queda su buque tan arruinado, que sigue la costa en solicitud de un puerto donde carenarse. Llegan los tripulantes a Higuerote, donde mueren de fiebre algunos de los marinos; pero sabedor Sotomayor de que allí estaban los ingleses, sale a batirlos, y después de un choque en que ambos sufren, el Gobernador se retira.

Amyas resuelve entonces quemar su buque, a ejemplo de Hernán Cortés, y seguir por la costa en busca del grande Orinoco, donde decía la tradición, que estaba la ciudad de Manoa. Bajo la sombra de un ceibo gigantesco que había en el puerto de Higuerote, los marineros juran obedecer a su jefe hasta la muerte, servir a Dios, tener misericordia de los indios y llevar todo el botín que cogieran al fondo público. Y arrodillándose bajo el frondoso árbol reciben de manos del Capellán de la expedición la bendición, antes de continuar el viaje.

Entre tanto, comenzaba el triste fin de Rosa y de Francisco Leigh. Caídos en poder de la Inquisición fueron conducidos a Cartagena, y sometidos al tormento, para hacerlos renegar de su fe, fueron quemados juntos en aquel puerto.

En medio de las ficciones del autor, sobresale el hecho histórico de la venida de los hermanos Leigh a las aguas de la costa de Caraballeda y del Collado en 1583, y se habla de la imposibilidad que tuvieron para seguir al través de la cordillera, a la ciudad. Por otra parte, en las "Memorias" del almirante Leigh se habla de la Rosa de Devon, de su partida a las costas de Venezuela, con el prisionero rescatado, Guz-

mán Sotomayor, lo que revela que casi todo el argumento que con tanta belleza ha desarrollado Kingsley, en su novela, *Al Oeste,* está basado en hechos históricos. [1]

A esta expedición siguió la de Amyas Preston a los mismos lugares, en 1595; expedición que puso el historiador Oviedo y Baños al mando del famoso corsario Francisco Drake. La tal invención del historiador ha sido ya rebatida victoriosamente por nosotros, aunque los copistas hayan continuado aseverando que Caracas fué saqueada en 1595, por el célebre pirata Francisco Drake.

ARISTIDES ROJAS.

(De "La América Ilustrada y Pintoresca".—Caracas: 1º de julio de 1889.—Año I.—Mes X.—Núm. 19).

---

(1) El patronímico de Sotomayor no es desconocido en Venezuela y data desde la época en que fue fundada la ciudad de Coro por Ampies. Aun existe en esta ciudad aquel patronímico.

EL NEGRO I (*)

De la Colección inédita de "Leyendas Históricas de Venezuela" por Aristides Rojas

Pedro Camejo, por sobrenombre *El Negro I,* lleva, entre los centauros que acompañaron a Páez en la famosa refriega de las Queseras del Medio, el número 34; mas entre los veinte y un tenientes del grupo, tiene el número 1º El Negro I es, por lo tanto, el primero de los tenientes que figuraron entre los ciento cincuenta héroes de las Queseras, el 2 de abril de 1819. Si este Pedro Camejo no hubiera alcanzado nombre y gloria en diversas ocasiones, antes y después de la fecha indicada, el haber figurado en el admirable grupo, hubiera sido lo suficiente para inmortalizarlo.

El nombre de Pedro Camejo ha desaparecido al hablar del famoso Negro, tema de este cuadro; primero, esclavo, después soldado en las filas españolas, más tarde, en las patriotas, hoy celebridad histórica que lleva el título de *El Negro I.* El apodo sustituyó al nombre y se tornó en título de gloria, título único, porque no hubo un Negro II, en las páginas de nuestra magna lucha. Pedro es nombre de pila muy popular y Camejo es patronímico conocido. Si se dice Pedro Camejo, habrá muchos que preguntarán. ¿Y quién es él? Pero cuando se nombre al Negro I la imagen de la pampa venezolana se dibuja en el horizonte, y presenciamos el combate de los hypántropos de Páez. La figura de éste se agiganta y vienen a la memoria los nombres de Mucuritas, Mata de la Miel, Yagual, Queseras y Carabobo.

(*) Se publicó este artículo en el número 6.624 de "La Opinión Nacional", correspondiente al martes 27 de octubre de 1891; y luégo se reprodujo en un folleto en 16º con 32 páginas.

El Negro I pertenece no sólo a la historia, sino también al arte. En el notable trabajo de Arturo Michelena, que representa a Páez y el grupo de las Queseras, en el momento de *volver caras,* el Negro I está admirable. Aparece en el primer término del cuadro, altanero y salvaje, como el corcel que sofrena, con la mano agarrada de la crín del animal. Al oír el grito de mando, el centauro ha obedecido: con la mano izquierda trata de detener al indómito animal, y fija la mirada como para ayudar al oído y obedecer prontamente a la segunda órden. El centauro está al natural, vestido de llanero, con pañuelo en la cabeza, sombrero de paja, los pies descalzos, y apóyase en los estribos con el dedo gordo de cada uno. Su ademán es atento, sonreído, dispuesto a la terrible embestida, al choque sangriento, cuando llegue el momento de esgrimir la poderosa lanza que lleva en la mano derecha.

El Negro I tiene también su bibliografía, pues la musa de la historia y la del canto no se han desdeñado en dedicarle algunas páginas, porque él está en el número de los compañeros de Aquiles venezolano. Páez, Eduardo Blanco, Capella Toledo, Scarpeta y Vergara, Arismendi Brito y otros le han celebrado en prosa y en verso. (1)

El Negro I y Páez son inseparables. Al contemplar a éste surge aquél; es como un satélite en derredor de su astro. Hay en este Negro militar dos faces: el centauro armado, incansable, invencible, el púgil, el lancero, la tromba impetuosa que todo lo arrastra en el torbellino de la pelea: el hombre humilde, sencillo, tranquilo, chistoso, de lenguaje especial y hasta sensible ante las desgracias ajenas.

---

(1) La bibliografía del Negro I comprende las siguientes obras:

Páez.—Autobiografía. Este autor le dedica cuatro páginas, al hablar de Carabobo, página 575.

Blanco.—Venezuela heroica. Este le dedica dos páginas, al hablar de Carabobo.

Capella Toledo.—Leyendas históricas. 3 vols. Bogotá, 1883. Este autor le dedica una leyenda intitulada: *La Sombra Negra,* 10 páginas, tomo I, página 170.

Scarpeta y Vergara.—Diccionario biográfico de los Campeones de la libertad, etc., etc., Bogotá. Estos autores le dedican una página.

Arismendi Brito.—La muerte de un héroe de Páez. Romance publicado como homenaje a Páez en *El Correo de la tarde* de 22 de abril de 1888, en los días en que celebró Caracas la traída de los restos mortales de Páez.

¡El Negro I, su historia! He aquí un tema inagotable! Gloria para el mortal que supo cambiar un apodo en timbre, en título que resume numerosos servicios dedicados a la noble causa de un pueblo!

Esclavo, aventurero, soldado, sepulturero, tránsfuga, soldado patriota, centauro invencible, soldado mimado de Páez, celebrado por Bolívar, héroe y mártir: tales pueden ser los diversos capítulos de la breve y sublime historia del Negro I, tan digno de los anales americanos, del arte, de la epopeya.

¿Cómo ese bravo se llama?
¿Quién es? Modesto y sencillo,
Ha dado a su raza brillo,
Asociándole su fama.

Nada su valor abate,
Y de su lanza certera
Obra es siempre la primera
Sangre de todo combate;

Y de ahí parte el llanero
Que admira tan rara audacia
Cuando, por antonomasia,
Lo llama el NEGRO PRIMERO.

Adora a Páez, y creer
Nadie en el mundo le haría
Que hay hombre de más valía
Ni otro a quien obedecer.

. . . .

ARISMENDI BRITO.

Narremos ahora, en vista de la Historia, lo que ésta nos dice acerca de este tipo admirable.

"Cuando yo bajé a Achaguas,—escribe Páez,—después de la acción del Yagual se me presentó este Negro, que mis soldados de Apure me aconsejaron incorporase al ejército, pues les constaba a ellos que era hombre de gran valor y sobre todo muy buena lanza. Su robusta constitución me lo recomendaba mucho, y a poco de hablar con él, advertí que poseía la candidez del hombre en su estado primitivo y uno de esos caracteres simpáticos que se atraen bien pronto el afecto de los que

lo tratan. Llamábase Pedro Camejo y había sido esclavo del propietario vecino de Apure, Don Vicente Alfonso, quien le había puesto al servicio del rey porque el carácter del Negro, sobrado celoso de su dignidad, le inspiraba algunos temores.

"Después de la acción de Araure quedó tan disgustado del servicio militar que se fué al Apure, y allí permaneció oculto algún tiempo hasta que vino a presentárseme, como he dicho, después de la función del Yagual.

"Admitile en mis filas y siempre a mi lado fue para mí, preciosa adquisición. Tales pruebas de valor dio en todos los reñidos encuentros que tuvimos con el enemigo, que sus mismos compañeros le dieron el título de El Negro Primero. Estos se divertían mucho con él, y sus chistes naturales y observaciones sobre todos los hechos que veía o había presenciado, mantenían la alegría de sus compañeros, que siempre le buscaban para darle materia de conversación.

"Sabiendo que Bolívar debía venir a reunirse conmigo en el Apure,—agrega Páez,—recomendó a todos muy vivamente que no fueran a decirle al Libertador que él había servido en el ejército realista. Semejante recomendación bastó para que a su llegada le hablaran a Bolívar del Negro, con gran entusiasmo, refiriéndole el empeño que tenía en que no supiera que él había estado al servicio del rey.

"Así, pues, cuando Bolívar le vió por primera vez, se le acercó con mucho afecto, y después de congratularse con él por su valor le dijo:

—¿"Pero qué le movió a usted a servir en las filas de nuestros enemigos?

"Miró el Negro a los circunstantes como si quisiera enrostrarles la indiscreción que habían cometido, y dijo después:

—"Señor, la codicia.

—"¿Cómo así? preguntó Bolívar.

—"Yo había notado,—continuó el Negro,—que todo el mundo iba a la guerra sin camisa y sin una peseta y volvía después vestido con un uniforme muy bonito y con dinero en el bolsillo. Entonces yo quise ir también a buscar fortuna y más que nada a conseguir tres aperos de plata, uno para el negro Mindola, otro para Juan Rafael y otro para mí. La primera batalla que tuvimos con los patriotas fué la de Araure: ellos tenían más de

mil hombres, como yo se lo decía a mi compadre José Félix: nosotros teníamos mucha más gente y yo gritaba que me diesen cualquier arma con qué pelear, porque yo estaba seguro de que nosotros ibamos a vencer. Cuando creí que se había acabado la pelea, me apeé de mi caballo y fuí a quitarle una casaca muy bonita a un blanco que estaba tendido y muerto en el suelo. En ese momento vino el comandante gritando: "A caballo". ¿Cómo es eso, dije yo, pues no se acabó esta guerra? —Acabarse, nada de eso; venía tanta gente que parecía una zamurada.

—¿"Qué decía usted entonces?—dijo Bolívar.

—"Deseaba que fuéramos a tomar paces. No hubo más remedio que huir, y yo eché a correr en mi mula, pero el maldito animal se me cansó y tuve que coger monte a pié. El día siguiente yo y José Félix fuimos a un hato a ver si nos daban qué comer; pero su dueño, cuando supo que yo era de las tropas de Ñaña, (Yañez) me miró con tan malos ojos, que me pareció mejor huir e irme al Apure".

Pero Capella Toledo, en su interesante leyenda histórica intitulada *La Sombra Negra,* nos da otro origen, del cual no nos habla Páez. Vamos a contemplar al famoso Negro bajo otra faz, a la del hombre supersticioso. Es una serie de incidentes muy interesantes.

"Era Camejo,—escribe Capella Toledo,—un esclavo de Don Vicente Alfonso, rico propietario en el Apure. Por su valor y maestría en el manejo del caballo, como por su vigilancia, discreción y malicia, el amo lo destinó al servicio de las armas, y peleó contra Florencio Palacios en la acción de Araure. Una circunstancia lo hizo desertar de las filas del rey.

"Después de la batalla, el ejército realista pernoctó en la Villa, y el Jefe español obligó a Camejo a cavar sepulturas para oficiales peninsulares. Camejo reclamó de aquella distinción odiosa, mas en vano: era americano, era negro, era esclavo. Con otros de su misma condición se puso, pues, al trabajo, ya bien entrada la noche.

"Camejo refería después, con infantil candor, sus sustos durante aquellas horas mortales. Jamás había entrado a un cementerio; y sea por los vicios de la educación española, o

porque la mansión de la muerte impone de suyo, el negro esclavo sudaba a torrentes, erizado el cabello, espeluznado el cuerpo. El tropezar del pie con una cruz de madera musgosa y movible al buscar apostura para descargar con la azada el golpe en la tierra, el olor nauseabundo, el hundimiento de la barra cuando esperaba hallar resistencia, la pala al chocar con las gruesas arenas y las piedras menudas, aquel hacinamiento a los bordes de la sepultura de barro húmedo, pedazos de madera y humanos despojos; y todo esto iluminado a los rayos moribundos de una luna que se apaga en el horizonte, cüando se oyen a lo lejos el canto monótono del gallo y los aullidos del perro, y cuando un viento tibio a bocanadas nos da en el rostro; pues a fe que en situación semejante fuera de verse a cualquiera de estos hombres desprecoupados que se ríen y se burlan de la muerte.

"A la noche siguiente, Camejo tuvo sueños horribles.

"Una procesión de espectros, precedida por una *Sombra negra,* llegaba hasta su lecho y le interrumpía el descanso. Era en vano apartar con la mano aquella visión importuna; en vano cerrar los ojos y volverse a este, al otro lado: la *Sombra* siempre delante, le abría los párpados, obligándole a fijar la mirada y con sólo tocarlo crispaba sus miembros con las apariencias de la muerte. Quería hablar, pero la voz se ahogaba en su garganta.

"Camejo no pudo evitar que lo amortajaran, que lo encerraran en la caja fatal. Camino del cementerio, la *Sombra,* en esas posas ordinarias en todo entierro mayor, atravesaba por en medio de aquel concurso de espectros, y se llegaba al negro, y le decía al oido:

—"Bien merecido lo tienes, puesto que fuistes a turbar el reposo de los muertos."

"Y seguía la fúnebre procesión, y la *Sombra* volvía y revolvía, y el desdichado Camejo veía cómo cruzaban en tropel ante su vista aquellos despojos humanos que él había removido la noche anterior en el seno de la tierra; cómo se buscaban los huesos y se juntaban; cómo se animaban luego, y cómo de aquellas calaveras con remedos de boca, salían voces de otro mundo que clamaban:

—"¿Qué mal te hice para que fueras a inquietarme?

"¿Por qué no me dejaste dormir?

"¡Maldito seas, negro esclavo!...

Camejo sentía un frío letal, que discurría por todo su sér. Trataba de moverse, de pedir socorro, de volver a otra punto los ojos, pero la *Sombra* le salía al paso para detener cualquiera de sus impulsos.

"Así llegaron a la puerta del cementerio.

"Una luz amarillenta iluminó de pronto aquella necrópolis. Las cruces negras con sus letras y números blancos, señalaban el derrotero del camino; las bóvedas saltaron en pedazos con lúgubre són; la tierra se esponjó como levadura, y nuevos espectros vinieron silenciosos a formar en calle. Un canto que salía de los osarios daba triste solemnidad a aquella fúnebre escena.

"Camejo reparó en que le tenían destinada una de las fosas que él mismo había abierto en otro tiempo, y trató de incorporarse; mas la *Sombra* paralizó su sensibilidad.

Vió cómo le conducían al borde de ella y que en ella lo botaban; sintió que la tierra buscaba su nivel; que los espectros volvían a sus tumbas, que las cruces las señalaban de nuevo, que cesaba el canto, y que de pronto, bajo el montón de tierra, la *Sombra negra* lo estrechaba contra su seno, murmurándole al oído:

—"Voy a revelarte ahora los secretos de la tumba!

"Camejo se despertó adolorido y con ese malestar de ánimo que sucede siempre a una pesadilla.

"Desde luego, Camejo quedó aterrado con aquel sueño que, dada su condición, tenía que ser para él una revelación del demonio.

"Meditó en la esfera de su inteligencia y a la luz de su superstición, acerca de aquella noche en que había ido a turbar el reposo de los muertos y recibido por ello el castigo merecido; que lo habían obligado, bien es cierto, así como también que obedeció sin voluntad, de donde dedujo que somos nosotros mismos quienes podemos estimar mejor las acciones buenas y malas, y no un déspota o amo. De este raciocinio a la idea de la libertad no hay más que un paso. Camejo, pues, vino convencido a las filas de la Independencia.

—"Comandante! le dijo a Páez después de la acción del Yagual. Yo he peleado contra usted; pero quiero ser libre, quiero pelear ahora por la libertad: recíbame en su gente.

—"Está bien, contestó el héroe con indiferencia. Vé a que te alisten en el escuadrón Guías, y escoge lanza y caballo.

—"Pongo una sola condición, observó el Negro.

—"Vamos, despacha pronto, ¿qué quieres?

—"Que el día en que asaltemos alguna ciudad o pueblo, no me destinen al ataque del cementerio, ni a defenderlo si somos atacados en él; y que si me matan, no me entierren en Campo-Santo.

"Los llaneros son creyentes, y Páez, disgustado, reparó en el Negro con torvo ceño. Sin embargo, para concluir le dijo:

—"Concedido.

—"Camejo lanzó su sombrero al aire y gritó lleno de alborozo:

—"Viva la libertad!......

"Después, la historia reza sus hazañas. Vino Pedraza, El Mamón, Barinas, Churrera, San Juan de Payara, Coplé, Misión de Abajo, Oriosa, Sombrero, San Fernando, Biruaca, Ortiz, Rincón de los Toros, Cojedes, Guayabal, Cañafístolo, Gamarra, Queseras del Medio, Sacra Familia, La Cruz!.....

"La Cruz fue una acción terrible y sangrienta.

"El 22 de julio atacó Páez con 500 caballos, y don Juan Durán, con 350 veteranos del batallón Barinas, le cerró el paso en todas las boca-calles del pueblo.

"Páez porfió.

"Con aquellas cargas que sólo sus llaneros sabían dar, obligó al enemigo a concentrarse en la plaza y en el cementerio; entonces nuestro héroe dividió sus jinetes en dos grupos y ordenó un ataque general. El atacó por la plaza y el Coronel Urquiola por el cementerio, pero a un mismo tiempo fueron rechazados. Otro ataque, un tercero: todos fueron inútiles.

"El batallón Barinas estaba sin un oficial siquiera: lo que restaba de las compañías era mandado por Sargentos o Cabos. Nuestras mejores lanzas yacían también por el suelo. Urquiola, el Comandante Navarro, el Mayor Gamarra, Gómez,

Arraiz, Esteves, Ledesma, Peña, Oliva.... oh! qué carnicería aquélla!

"El *Negro Primero* era el Oficial de mayor graduación que quedaba al frente del segundo pelotón, y recibió orden de atacar. El asalto fue prevenido con un toque de *atención*, al que siguió el de la señal de *degüello*. Páez, por fin, penetró en la plaza, y por sobre un montón de cadáveres voló con veinte húsares en auxilio del *Negro Primero;* mas éste había ocupado el cementerio, y Páez lo halló con el caballo hundido en tierra hasta las rodillas, rígido sobre la silla, rendida la lanza.

—"Camejo, le dijo, ¿te han herido?

—"No, peor que eso, contestó el Negro.

—"Pero, ¿quién demonios te detiene ahí?

—"*La Sombra negra*.......

"Camejo desobedeció la orden de pernoctar con sus jinetes sobre el campo conquistado, gloria que reclama y disputa siempre todo vencedor, y se retiró a las afueras del pueblo.

"En vano Páez amenazó, rogó: el *Negro Primero* estuvo inflexible.

—"Durante el combate, le dijo, era mi deber obedecer. Después del triunfo reclamo la palabra de mi General.

"Páez recordó la palabra dada, y comprendió que no tenía el derecho de insistir.

—"Pero explícame a lo menos ¿cómo es que te bates como un león, y luego te asalta el miedo como a un niño?

—"Porque yo no temo la muerte, sino a los secretos del cementerio. Ah! yo la vi, yo la oí, continuó el *Negro Primero*, animándose. Si mi General supiera!.... Al saltar por encima de las tapias, un vapor que brotaba de la tierra principió a tomar forma delante de mí. Yo cargaba y volvía a la carga, y el vapor se iba convirtiendo en una *Sombra negra*. Ya no había enemigos; todos habían perecido en la punta de nuestras lanzas, y entonces la *Sombra* detuvo mi caballo por la brida, lo hundió de patas en la tierra, y acercándose a mi oído, me dijo airada:

—"Temerario!....

"A su voz, sentí mis brazos y piernas rígidas; el frío de la muerte se apoderó de todo mi sér; no hallé voz para llamar a

mis jinetes, y mis ojos, como paralizados en sus órbitas, no dejaban de mirar aquella risa satánica que plegaba sus labios y que en sueños otra vez me había aterrado.

—"Temerario! repitió, ¿para qué vienes a turbar la paz del cementerio?

"Y me atraía hacia sí, y se resbalaba conmigo bajo los cascos de mi caballo, y en tocando en el fondo de la fosa me dijo:

—"Voy a revelarte ahora, sí, los misterios de este sitio!...

—"Perdón, perdón! le repuse; la culpa no fué mía!

—"Véte, pues, agregó por último. Van dos veces ya: a la tercera.... no habrá piedad para tí.

"Páez guardó silencio porque no podía comprender aquel desvanecimiento de ideas, y repasó el Apure, con lo cual renunció a las ventajas que había alcanzado en aquella acción sangrienta y desigual".

Amigo de dichos agudos, en un lenguaje *sui géneris,* de los cuales no hacían caso los llaneros y sí los hombres superiores, Bolívar que conocía ya a Camejo, mandaba a buscarle al campamento de Páez, pues le gustaba pasar un rato agradable en conversación con el centauro. En cierta mañana Bolívar le pregunta:

—¿Es cierto que usted mataba las vacas que no le pertenecían, en la época que militó con los españoles?

—Por supuesto, replicó el Negro, y si no, qué comía? En fin vino el mayordomo (así llamaba a Páez) al Apure y nos enseñó lo que era la patria y que la *diablocracia* no era ninguna cosa mala y desde entonces yo estoy sirviendo a los patriotas. [1]

En su *Autobiografía,* Páez, que no podía ocuparse sino en el relato de sus hechos portentosos y actos trascendentales de su vida pública, dejó de narrarnos variados incidentes de la historia de sus compañeros; así es que al Negro I apenas le dedica cuatro páginas después de Carabobo, y esto, como incidente necesario, al hablar de la muerte de su fiel Camejo. Pero nosotros trataremos de llenar este vacío dando los por-

---

(1) PÁEZ, obra citada.

menores que hemos podido conocer respecto del Negro I, ya de boca de Páez, ya de alguno de sus notables tenientes o de obras publicadas.

El haber celebrado Bolívar las ocurrencias del chistoso teniente de los centauros y el llamarle con frecuencia cerca de su persona para escucharle, motivó el que los compañeros de Camejo celebraran igualmente los triunfos de éste; y refiriéndole a Bolívar cuanto sabían de aquél, le excitaban la curiosidad y proporcionábanle el placer de hacer al Negro I nuevas preguntas, cuyas respuestas siempre causaban hilaridad al Libertador.

En cierta mañana, al presentarse Camejo delante de Bolívar, éste le dice:

—¿Es cierto que usted, para obtener el sí de Bizarra (así se llamaba la hermosa zamba llanera, esposa del Negro I) la amarró a una palma y la fustigó con doscientos azotes?

El Negro, que no aguardaba semejante pregunta, miró a derecha e izquierda, y encontrándose entre la verdad del hecho y la indelicadeza de confesarlo, cruzó los dedos de sus manos, y formando cinco cruces exclamó:

—Por este puño de cruces, mi General, que es mentira cuanto le han dicho respecto de Bizarra.

Este es el juramento falso de los pueblos de Venezuela, con el cual pudo el llanero salvarse de nuevo interrogatorio.

En otra ocasión, después de uno de esos choques inesperados de Páez contra el ejército español, sabe Bolívar que el Negro I se había portado con un valor admirable, y queriendo felicitarle le manda a llamar.

—¿En qué puedo servir a usted, le pregunta Bolívar, en premio de tanta bravura como la que acaba usted de desplegar? Cualquiera diría que el Negro iba a exigir honores y recompensas, pero no sucedió así.

—Yo no exijo, mi General, sino un poco de tabaco que no existe en el campamento.

Este era un artículo abundante en aquel entonces en los pueblos que tenían los españoles, y escasísimo en los pueblos patriotas.

—Usted lo tendrá dentro de poco, respondió Bolívar acentuando la frase.

Entonces el Libertador, dirigiéndose a un grupo de llaneros que estaba cerca de su persona, pregunta:

—¿Cuál de ustedes se atreve a solicitar un poco de tabaco en campo enemigo.

Se presenta uno y dice que se encarga de tan difícil comisión, y que espera triunfar. Al instante monta a caballo atraviesa el Apure llega a la opuesta orilla y desaparece entre el matorral. Al tercero día regresa al campamento y presenta al Libertador un rollo de tabaco de Barinas.

—Aquí está, mi General, el tabaco que hube en campo enemigo después de evitar los peligros que me rodeaban.

—Venga el teniente Camejo, exclamó Bolívar. Y al presentarse le dice:

—Está satisfecho su deseo. Aquí tiene usted el tabaco que pidió, recíbalo como recompensa de su bravura. (1)

El Negro I estaba satisfecho de tanta atención, y se jactaba, entre sus compañeros de armas, de haber recibido el premio que había solicitado. Si el *Mayordomo* (Páez), decía, me quiere, yo por él doy hasta la vida; al *Tío Porsupuesto* (Bolívar) puedo acompañarle hasta las Cocuizas, pero en Caracas no me verá jamás. (2)

En una mañana de 1819, atravesaba Páez, acompañado de su estado mayor y una porción de su guardia, cierta región de la pampa apureña, en dirección del Mantecal, cuando a poco andar, tropieza la comitiva con algunos toros matreros. (3)

Páez, que aprovechaba siempre la ocasión que se le presentara para adiestrar en ciertos ejercicios a sus centauros, les dice al ver los toros salvajes.

—Vamos a ver quién es capaz de apeársele a ese toro (señalando uno de ellos).

Desmóntase uno de los oficiales, y con espada en mano avanza sobre el terrible animal. Este se viene sobre el llane-

---

(1) Este hecho está consignado en la obra inglesa: *Tres años de residencia en Colombia.*

(2) Dejamos de referir uno que otro incidente referente a la vida de este teniente de los centauros, porque ellos figuran en leyendas todavia inéditas, que se conexionan con la historia militar de la pampa venezolana.

(3) *Toro matrero* quiere decir: viejo, peludo, furioso, temible, salvaje.

ro, quien, con mano firme, y evitando la cornada del fornido cuadrúpedo, le atraviesa la cerviz, y el bruto cae. Tal ejercicio, que iba repitiéndose a proporción que caminaban, llamó al fin la atención del Negro I, que exclama:

—Eso es malo, señores, matar al animal de Dios, sin necesidad. Esos animales son necesarios para la cría.

Al escuchar esta sentencia, el Coronel Figueredo, hombre recio y de pocas palabras, contestó:

—Siempre este Negro está predicando humanidad, cuando es el primer agresor en la pelea.—A lo que contestó Camejo con calma:

—Yo no ataco a nadie, por gusto.

—¿Y esos españoles que sacrificas en cada encuentro? replicó Figueredo.

—Yo no los mato, contestó el Negro. Ellos *mesmos* se matan. Vienen sobre mí y los recibo con mi lanza y ellos se ensartan.—Y agregó:—Ya verán ustedes, señores, que hasta los chigüires van a desaparecer de estas sabanas.

Por una de tantas casualidades, esta profecía tuvo su cumplimiento, en 1832. En esta fecha una epidemia de fiebre maligna diezmó una gran porción de los pueblos de Apure. Tras ella apareció una epizootia, tan cruel que acabó con los peces y caimanes del Apure; luego atacó a los monos de los bosques, los chigüires de las ciénegas, los caballos de la pampa, etc., etc.

El dicho del Negro I, *hasta los chigüires* morirán, vino a realizarse por completo, a los once años de haber fallecido el profeta.

Cuando en 1819, comenzaron las negociaciones del armisticio propuesto por el Jefe español Morillo al Libertador, varios comisionados españoles fueron enviados a los diversos campamentos del ejército patriota. Estaba Páez en Payara cuando en el mes de agosto se presentó como comisionado de Morillo el Teniente Coronel Jalón: y aunque Páez, al enterarse de los oficios, contestó que él no podía como subalterno entrar en negociaciones, quiso ser cortés y hospitalario con su huésped, a quien invitó para que le acompañase a almorzar.

Uno de los cuidados de Páez fué que el Negro I se presentara bien calzado, pues no le parecía natural que siendo uno de los centauros de su guardia más cercanos a su persona, apareciera con pies descalzos. A duras penas consiguiéronse en Payara medias y zapatos para el indómito centauro. Pero apenas se había sentado el Coronel Jalón al lado de Páez acompañado de los oficiales más distinguidos del estado mayor, cuando el Negro I queriendo hacer gala del desprecio que le inspiraban aquellos objetos de alta civilización, hubo de quitárselos, y llevándolos en una de las manos, cruzó de un extremo a otro de la sala donde tenía efecto el almuerzo. Aquella escena tan grotesca como inesperada motivó prolongada hilaridad, de la cual Páez supo sacar partido para entretener a su huésped acerca de las costumbres del llanero, desgraciado, en la generalidad de los casos, el día en que abandona sus hábitos, su pampa, su caballo, su libertad.

El Negro I tenía un hermano llamado José Paz, natural de Guacharas, catire, de carácter belicoso, epigramático y jovial como buen hijo de la pampa. Cuando Morillo pisó los llanos de Apure, Paz fué uno de los primeros que atacaron al ejército del Pacificador. Sus compañeros le apellidaban el *Mudo,* por su verbosidad inagotable, en armonía con su inclinación a la pendencia, como al baile de *joropo* y a la guasa. Y aunque el Negro I se diferenciaba del hermano por el color de la piel, ambos se trataban con franqueza. Los unía el sentimiento patrio y el valor a toda prueba. De estos hermanos se refiere la siguiente anécdota. (1)

En cierta noche, en un baile en Guacharas, baile de *bandola, cuatro* y *maraca,* orquesta popular de llaneros, tuvo el catire Paz un altercado con uno de los músicos, porque en una de las coplas del *bandolista* le endilgaron la siguiente alusión:

“Hay un *mudo* en este baile
Que es zambo tan atrazao
Que parece cuando brinca
Conejo engarrapatao”.

---

(1) Debemos los datos de esta anécdota a la bondad de nuestro joven amigo, don Delfín Aguilera, que tanto ha estudiado las costumbres llaneras.

Amostazado el catire Paz, hombre de pocas pulgas, contestó con una bravata al impertinente músico. El Negro I que bailaba también, al advertir lo que pasaba, dijo en alta voz: —"Hermano, eso lo arreglaremos ahora; deje que pase *el Son*". Otro cantor que escuchó esta amenaza improvisó la siguiente cuarteta:

No te dé cuidao hermano,
La verdad han confesao.
Y si son de padre y madre
Ese negrito es robao.

Aludía esta cuarteta a la diversidad de color entre Camejo y Paz. Pero apenas fueron pronunciados tales conceptos cuando el Negro y el catire, dejando sus parejas de baile, se abalanzan sobre los músicos: mas antes de que Paz llegara, el primer bandolista habíase armado con una daga que llevaba al cinto. En este instante el Negro I agarra a éste por el brazo que llevaba la daga, al mismo tiempo que descarga fuerte cabezada sobre el segundo bandolista: ambos músicos rodaron por tierra. Todo esto se efectuaba con la velocidad del pensamiento, pues Camejo era tan hábil en la lucha, como potente por su fuerza muscular. La confusión turba la placidez del baile, y todo el mundo huye, mientras que Camejo y Paz, contra los dos bandolistas, fuera de la sala de baile, le dieron a éstos durante largo rato, numerosas puñadas, quedando vencedores. Así concluyó este baile en Guacharas, de *bandola, cuatro* y *maracas,* donde se lucieron por su agilidad los hermanos Paz y Camejo.

Paz y Camejo, valientes, esforzados, estaban destinados a morir en dos campos inmortales. El uno que había acompañado a Bolívar en su tramontada de los Andes en 1819, muere en aquella carga famosa de los centauros de Rondón de que habla la historia; al Negro 1 le esperaba morir en el campo glorioso de Carabobo, dos años más tarde, el 24 de junio de 1821. Cuando en su última carga, aquella en la cual debía morir, siente que bala española ha penetrado en su pecho, noble sentimiento de lealtad le sostiene y le hace retroceder en solicitud de Páez que venía más atrás. Iba a darle el adiós postrero antes de caer exánime.

Escuchemos a Eduardo Blanco cuando nos describe el acto final de la vida de Camejo.

"El caballo que monta aquel intrépido soldado, galopa sin concierto hacia donde se encuentra Páez: pierde en breve la carrera, toma el trote, y después, paso a paso, las riendas sueltas sobre el vencido cuello, la cabeza abatida y la abierta nariz rozando el suelo que se enrojece a su contacto, avanza sacudiendo su pesado jinete, quien parece automáticamente sostenerse en la silla. Sin ocultar el asombro que le causa aquella inexplicable retirada. Páez le sale al encuentro, y apostrofando con dureza a su antiguo émulo en bravura, en cien reñidas lides, le grita amenazándole con un gesto terrible: *Tienes miedo?.... no quedan ya enemigos .... Vuelve y hazte matar!...* Al oir aquella voz que resuena irritada, caballo y jinete se detienen: el primero, que ya no puede dar un paso más, dobla las piernas como para abatirse: el segundo, abre los ojos que resplandecen como ascuas y se yergue en la silla; luego arroja por tierra la ponderosa lanza, rompe con ambas manos el sangriento dormán, y poniendo a descubierto el desnudo pecho donde sangran copiosamente dos profundas heridas, exclama balbuciente: *Mi general.... vengo a decirle adiós.... porque estoy muerto.* Y caballo y jinete ruedan sin vida sobre el revuelto polvo, a tiempo que la nube se rasga y deja ver nuestros llaneros vencedores lanceando por la espalda a los escuadrones españoles que huyen despavoridos.

"Páez dirige una mirada llena de amargura al fiel amigo, inseparable compañero en todos sus pasados peligros; y a la cabeza de algunos cuerpos de jinetes que, vencido el atajo, han llegado hasta él, corre a vengar la muerte de aquel bravo soldado, cargando con indecible furia al enemigo".

Así desapareció este tipo admirable de los tiempos heroicos de Venezuela, este famoso Negro I que llegó a conocer la gratitud, y supo sublimarla con el valor, con la constancia, con el sacrificio .

ALGO INEDITO DE DON ARISTIDES ROJAS

Médico, naturalista, historiador, versado en el conocimiento de nuestros orígenes y de la lingüística americana, tradicionista, escritor delicado y ameno, todo ello y en grado eminente lo fue don Aristides Rojas. Exento de egoismo, prodigaba sus luces y consejos a cuantos se le acercaban y complacíase en acoger en su famoso gabinete de estudios a los jóvenes que demandaban el concurso de su sabiduría. Para ellos tuvo, además, frases de estímulo y el acervo de su escogida biblioteca. Por otra parte, aquilató sus merecimientos con el decoro de una pulcra vida, y su probo talento estuvo en toda ocasión presto a servir desinteresadamente a la patria. De aspecto fachendoso, era, sin embargo, modesto en demasía. Ajeno a las exhibiciones personales, esquivó el galardón con que doctos Institutos quisieron compensar sus méritos y virtudes. Así, se resistió a ocupar un Sillón en nuestra Academia Nacional de la Historia, la cual, dicho sea en elogio suyo, desaparecido Rojas, se apresuró a perpetuar en mármol su memoria.

Buena parte de la producción histórica, científica y literaria publicada por el doctor Rojas, ignorada casi, se halla dispersa en diarios y revistas de varias épocas y de no fácil acceso. Y, ateniéndonos a su propia declaración, consignada en el prólogo a los *Orígenes venezolanos,* lo inédito es todavía más copioso. ¿Dónde paran sus manuscritos? ¿Por qué permanecen fuéra del comercio intelectual? Venezuela ganaría mucho con la edición de las obras completas de tan preclaro ciudadano.

Estas consideraciones nos las ha sugerido la lectura de unas añosas cuartillas de letra de don Aristides, que tienen por mote *Los cazadores de cattleyas blancas* y las cuales ha puesto en nuestras manos don José María Garbán. Parece que en uno de los días que precedieron a la inesperada muerte del autor, prometió a don Domingo Garbán y a su aludido hermano, ambos idóneos cultivadores de orquídeas, escribir y dedicarles una de sus deliciosas crónicas acerca del descubrimiento de esas plantas y su desarrollo entre nosotros.

Anotaremos que fué Rojas amigo íntimo de los señores Garbán; y a fe que merecían ellos el aprecio fraternal del maestro. Don Domingo, cuya reciente muerte todos deploramos, fue persona muy culta, de no común saber, poeta diserto, apasionado de toda manifestación de arte y amigo invalorable. La colección de orquídeas que él formó se recuerda en Caracas con agrado. Cuanto a don José María, posée como su hermano cualidades artísticas que ha cultivado con ahinco y es un perfecto caballero. Su casa-quinta, llena con lienzos de nuestros pintores, muebles preciosos de épocas pretéritas, vetustos objetos de cerámica y telas cacharros del tiempo viejo, es uno de los rincones de esta ciudad más propicios a las evocaciones de nuestro pasado colonial. Los Garbán proceden de las Islas Afortunadas, adquiridas para España por Juan de Bethencourt; pero desde jóvenes se radicaron en Venezuela, de la cual han hecho, férvidamente, una nueva patria.

La muerte sorprendió al doctor Rojas antes de dar cima a su promesa. Lo que va a leerse es apenas un bosquejo, sin concluir por desgracia, trazado a la diabla; mejor diremos, son simples anotaciones, tópicos meramente señalados, para un estudio amplio, definitivo, como solían ser los trabajos de don Aristides. Pero, así y todo, creemos que deben sacarse a luz estas cuartillas, por provenir de tan meritísimo investigador.

No fue sino en 1908, quince años después de la extinción del doctor Rojas, cuando llegaron ellas a poder de los señores Garbán, gracias a don Carlos E. Rojas, hermano del escritor, y de quien son las líneas que siguen, puestas al pié de la cuartilla octava y última.

"Entre los manuscritos incompletos dejados por mi queri-
"dísimo hermano Aristides, figura este artículo sobre las *cattle-*

"*yas,* que pensó él, una vez hechas las últimas correcciones, "dedicar a sus amigos los señores Domingo y José María "Garbán.

"Una violentísima enfermedad nos llevó a nuestro idola-"trado hermano, el 2 de marzo de 1894. Quiera Dios tenerlo "en su santa gloria! Casi a los quince años quedan cumplidos "los deseos de Arístides, y queda de nuevo probado que el "tiempo no destruye nunca los más tiernos sentimientos del "alma y que mientras vivamos tendremos como consuelo: Re-"cuerdos y Lágrimas!—Caracas: 15 de octubre de 1908.—*Carlos "E. Rojas*".

He aquí ahora el manuscrito de don Arístides:

LOS CAZADORES DE CATTLEYAS BLANCAS

¿Hay en Caracas quien conozca el nombre de *cattleya* dado a una de nuestras más bellas flores? No pasarán quizás de veinte personas las que tal nombre conozcan, y esto por haberse rozado con el cultivo de la familia vegetal llamada Las Orquídeas. Mas, si alguno preguntare ¿hay en Caracas quien desconozca la Flor de Mayo? de seguro que no habrá uno; lo que quiere decir que esta flor viene figurando en los corrales de Caracas desde remotos tiempos, y después en los jardines, patios, corredores, plazas, y es artículo de comercio cuando llega la época en que florece y es solicitada. Puede asegurarse que ella no falta entre las flores del hogar, desde el más pobre y reducido hasta el más holgado y rico.

Pero como la flor de mayo o cattleya, como la llama la ciencia, ha cruzado ya los mares hace prolongados años y ostenta su belleza en las primeras capitales de Europa y de los Estados Unidos del Norte, y es guardada en los invernaderos durante el invierno, donde cambia, prospera y se desarrolla, sucede que al salir la bella peregrina de nuestros bosques, no puede presentarse en países que hablan diversas lenguas, con el nombre español del país natal, sino con el que le da la ciencia, el de Cattleya, que es nombre universal. Y por esto, al escucharse la voz cattleya en cualquiera de los mercados del mundo, cada una de las nacionalidades de la

América española que la posee en estado, [1] busca su especie. Así, los venezolanos se deleitan delante de la *cattleya mossiæ;* los brasileños ante la *cattleya labiata;* los. . . . .
. . . . [2]
porque el trono de Cattleya está en el mundo de Colón, en sus bosques seculares, bajo la eterna bóveda de verdura que la preserva de los ardientes rayos del sol.

¿Eran conocidas estas flores en las colonias españolas de América? Ya el doctor Ernst al hablar de la cattleya [3] nos ha manifestado que la desconocían los cronistas castellanos y que no aparece ni en el mismo Humboldt, que visitó gran porción del continente al comenzar el siglo actual. En Caracas, en remotos tiempos, algunas de las cepas de esta planta figuraban muy aisladas en los corrales, siendo conocida de muy pocas personas. Lo que abunda no nos llama la curiosidad y es necesario que surja el mérito, reconocido por otros, para que comienze a ser atendido. La rosa de montaña, flor medicinal, es artículo del mercado y sin embargo, este bello árbol, no figura en los jardines públicos y privados y aún es desconocido por la generalidad. El árbol maría y el apamate, árboles preciosos de la selva venezolana, comienzan a brillar en los jardines públicos.

Esta admiración, este entusiasmo que despierta hoy el cultivo de las orquídeas, y sobre todo la espléndida cattleya, ¿de dónde viene? ¿Cuándo y cómo nació este entusiasmo; cuándo atravesó la planta los mares; cuándo comenzó el culto universal?

La cattleya venezolana, las orquídeas americanas, surgen con la revolución venezolana desde 1810. La obra de Bolívar, la fundación en las antiguas colonias españolas de las repúblicas modernas, coincide con la aparición de las principales

---

(1) En este punto se encuentra una palabra ininteligible *(Nota de M. S. S.)*

(2) Estos puntos suspensivos se hallan en el original e indican, a nuestro entender, que el autor se prometía citar otros ejemplos. *(Nota de M. S. S.)*

(3) El trabajo del doctor Ernst, a que alude don Aristides, se intitula *La flor de mayo.* Se publicó acompañado de una fotografía de la preciosa orquídea, en el número 11 de *El Cojo Ilustrado,* correspondiente al 1º de junio de 1892. Es de lamentarse que la referida monografía de Ernst, que comprende la historia, la descripción botánica y eruditas consideraciones acerca de la planta y su cultivo, no sea más generalmente conocida. *(Nota de M. S. S.)*

orquídeas americanas en el estudio de los botánicos europeos. [1]

La entrada en Venezuela del comercio entranjero después de 1821, la emigración (sic) del elemento sajón, anglo sajón, [2] todo esto trajo el entusiasmo por las bellas orquídeas que, con raras excepciones, no eran conocidas del pueblo venezolano. La interesante versión de lo que nos dice Hall (Colombia). [3] Su cultivo en Méjico. Su exportación en 1824 por la aduana de La Guaira. Esta orquídea, que tan poco se exporta y sólo como curiosidad, parece que abre en Venezuela la exportación de plantas vivas, como veremos más adelante.

Al comercio inglés que se ocupa no solamente en traer mercancías y objetos manufacturados, sino que quiere dar ensanche al comercio de nuestros productos, pertenece el conocimiento de las orquídeas en Europa. No había en los días de Colombia vía que comunicara a Caracas con La Guaira, sino el empedrado camino de recuas que había comenzado a traficarse desde 1600. La parte alta de la ciudad estaba entonces en ruinas y enmontada a consecuencia del terremoto de 1812. En esta porción estaban las caballerizas y vivían los peones y dueños de los diversos grupos de recuas que traficaban la vía. Estas no habían cambiado: eran las mismas que desde remotos tiempos se empleaban en esta industria; pero las ideas habían cambiado. Si en pasadas épocas el arriero nada tenía que hacer con las flores de la montaña, al instituirse el comercio extranjero, [4] de entrar como elemento bello. Desde entonces, 1821 a 1828, comenzó la entrada de la cattleya en Caracas. Los arrieros las traían para sus corrales y escombros. Los ingleses las traían para sus casas en Caracas. Los peones corrían con las recuas y siempre formados con ellas, cargaban todo aquello que no podía venir en el lomo del cuadrú-

---

(1) Según Humboldt, en 1813 existían en el cultivo 115 especies de orquídeas. Para 1844 llegaban a 1650. Lindley ha descrito 1980 especies de orquídeas. A fines de 1848 Klotzsch contaba 3545. Según Ernst, Venezuela tiene estudiadas (espacio en blanco en el original) especies. *(Nota del autor).*

(2) Siguen dos palabras que tampoco hemos podido leer. *(Nota de M. S. S.)*

(3) Sin duda, el pasaje indicado aquí por el doctor Rojas debe hallarse en la obra *Colombia: its present state* etc., etc., por Francis Hall, publicada en Londres, 1824. *(Nota de M. S. S.)*

(4) Otra palabra ininteligible. En lo adelante señalaremos con un guión cada palabra que no podamos descifrar. *(Nota de M. S. S.)*

pedo, como espejos, — sillas, muebles, etc., etc. En los días de venida a Caracas, estos arrieros y conductores fueron los primeros que fijaron en la parte alta de la ciudad las cepas de cattleyas, a las cuales se unían los angelitos, la vara de San José, el torito, las avispas, la paloma o Espíritu Santo, etc., nombres vulgares de las orquídeas, que penetraron primero en la sociedad caraqueña que en la ciencia. Recordamos en días de nuestra niñez haber visto, en la época de la estación, a los arrieros que traían en sus sombreros, por lo menos, una cattleya, y a las mujeres, sobre el objeto que cargaban, algún ramillete de las bellas flores. Esto se hizo tan frecuente al abrirse la República de Venezuela, que por medio de los cargadores fué como pudieron hacerse muchas familias de la porción baja de la ciudad, de cepas de cattleyas moradas.

Este tráfico constante entre Caracas y La Guaira contribuyó a la entrada de cattleyas en todos los corrales del hogar caraqueño. Si curioso es estudiar este tráfico entre la capital y el mar, aún más curioso asistir a la bajada y subida de las familias. (Sillas de esta época. Cabalgaduras de entonces).

Sobre las mismas cargas, durante los meses de marzo, abril y mayo, venían cepas de cattleyas — a las familias de Caracas. Nada se exportaba todavía. (Aquí ordenar lo de Hall y — — — — —, con nota).

La época de 1837 a 1844 es la de la entrada de las orquídeas en Caracas y envío de algunas a Europa y los Estados Unidos. Varias causas contribuyen a este incremento repentino: en primer término, el comercio inglés como lo hemos dicho en otro estudio; la llegada de viajeros naturalistas, de colectores desde 1822, [1] entre los cuales debemos colocar más tarde a Lindley, etc., etc., abre, puede decirse, el estudio de nuestra Flora. En esta época comienza igualmente el envío de plantas vivas a Europa. Entraban en el comercio del mundo con

Aquí se interrumpe, en la cuartilla 8, el manuscrito de Rojas.

---

(1) De los jóvenes que las estudian en Venezuela, en los primeros días de Colombia, sólo queda Don Tomás Mawdsley, anciano—, amado de la sociedad caraqueña, en la cual ha fundado distinguida familia. Condiscípulo de escuela de — — Gelambia, ambos conservan ún — que honra porque es —. De los — — — — que se fijaron en Europa, sólo — — — hijo —: coronel Stopford. *(Nota del autor).*

***

Por último, los párrafos que siguen, entresacados del sugerente trabajo del doctor Rojas intitulado *Bello Monte,* sirven de complemento en ciertos puntos al truncado esbozo sobre *Los cazadores de cattleyas blancas.*

Bello Monte está lleno de reminiscencias patrióticas. Es la historia de esa hermosa heredad, aledaña a Caracas, adquirida en 1824 por un opulento comerciante inglés, admirador y grande amigo de Bolívar. Nos referimos a don Juan Alderson, de quien conserva la familia Ibarra un excelente retrato al óleo, junto con otro muy interesante del Libertador, hecho en vida del Héroe, por encargo de Alderson. A su hija Isabel, muerta en edad octogenaria, espíritu selecto, escritora a quien se debe la publicación en 1872 y año siguiente, de la revista *Ensayo Literario,* dedicó don Arístides el citado escrito. Hállase reproducido en las páginas 540-50 de las *Obras escogidas* de Rojas, volumen que se editó en París, 1907.

"Isabel contribuyó también con pequeño contingente, durante los primeros años de Venezuela, al conocimiento y ensanche de la más espléndida familia de nuestra flora: la de las Orquídeas. Es curioso saber cómo la colonia inglesa, tanto en La Guaira como en Caracas, hizo más por la ciencia y la industria, en los primeros años de Colombia y de Venezuela, que los españoles durante tres siglos de no interrumpida posesión. Si éstos despreciaron por completo la flora del Avila, aquéllos se llenaron de entusiasmo ante flores que simulan pájaros e insectos, enteramente desconocidas hasta entonces del mundo europeo. Así, Lindley, notable botánico inglés, bautizó en los días de Colombia, el género al cual pertenece nuestra flor de mayo, con el nombre de *Cattleya.* El capitán Cattleya, según informes, después de haber visitado el Brasil y recogido variados objetos americanos, abrió en Londres una exposición e hizo conocer una de las más hermosas y espléndidas flores: la *Cattleya labiata.* (1) Veamos ahora, cómo otro botánico tam-

---

(1) London. *An Encyclopedia of plants,* etc. London, 1 vol., 1841.— Ernst. *La Flor de Mayo;* interesante estudio botánico en *El Cojo Ilustrado* de enero de 1892.

bién célebre, Hooker, bautizó con el nombre de *Cattleya mossiæ,* la especie más conocida de nuestra celebrada Flor de Mayo, dada a conocer por Isabel Alderson.

"En 1836, al dejar Isabel a Caracas con dirección a Liverpool, se le antojó llevar consigo una cepa de nuestra Flor de Mayo. Al llegar, la regaló como flor preciosa a su amiga la señora Yates, que la trasmitió a su hermana la señora Moss. Enrique Moss, marido de ésta, comerciante espléndido, de notable fortuna, poseía en las cercanías de Liverpool, en el sitio pintoresco de Otterpool, un invernadero en el cual fué colocada la orquídea caraqueña. Al año, en 1837, ésta abre sus galanas y aromadas flores. Admírala la señora Moss, que poseía el arte pictórico, y con rara habilidad sabe trasmitir la imagen al papel. Al instante la estudia Hooker y la clasifica con el nombre de *Cattleya mossiæ,* en honor de la señora del rico banquero señor Moss. La espléndida orquídea caraqueña parecía saludar en un jardín inglés el surgimiento del fecundo reinado de Victoria que ha cumplido su jubileo.

"¡Coincidencia singular! Al recordar estos hechos, este invernadero de la familia Moss, como homenaje a Isabel, sabemos que hace poco bajó a la tumba sir Eduardo Moss, el hijo de Enrique Moss, y también el señor Thompson, esposo que fué de Isabel Yates. El primero dejó un millón de libras esterlinas; el segundo, rico banquero de Liverpool, un millón trescientas mil libras.

"Al mismo tiempo que la *Cattleya mossiæ* abría el reinado de Victoria, un rico inglés en La Guaira y Caracas, Mr. George Ward, el primero que se dedicó al cultivo de esta familia vegetal, enviaba a Lindley dos muestras de la flor llamada *Cigarrón.* El celebrado botánico dió al género el nombre inglés *Stanhopea,* en honor de lord Stanhope. A la una, la blanca, bautizó con el nombre de *Stanhopea eburnea,* y a la otra con el de *Stanhopea Wardi,* en honor del señor Ward. De manera que en el curso de pocos años, cuatro nombres ingleses figuran en la historia de las orquídeas caraqueñas: los de *Cattley* y *Stanhope,* como géneros; los de *Moss* y *Ward,* como especies. *Aristides Rojas*".

M. S. Sánchez.

Caracas: julio de 1920.

INDICE

